

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# EL GRAN MINUÉ

Edición de Juan Antonio Ríos Carratalá

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “El gran minué”:  
Juan Antonio Ríos Carratalá.

EL GRAN MINUÉ  
FARSA BALLET EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS,  
EL ÚLTIMO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, la noche del 8 de diciembre de  
1950, con el siguiente REPARTO (por orden de aparición en escena):

DIANA DE LENOIR.....	<i>Elena Salvador</i>
EL PRECEPTOR.....	<i>Alberto Bové</i>
MARIETA.....	<i>María Jesús Valdés</i>
CELIA.....	<i>María Jesús Jorge</i>
INÉS.....	<i>Maruja Recio</i>
LUCÍA.....	<i>Julia Delgado Caro</i>
EL MAESTRO DE MÚSICA.....	<i>Rafael Gil Marcos</i>
UN CRIADO.....	<i>José María Horna</i>
NICOLÁS DE GRAVELOT.....	<i>Guillermo Marín</i>
VALENTÍN.....	<i>Gabriel Llopart</i>
ANGÉLICA.....	<i>Esperanza Grases</i>
LA DUQUESA.....	<i>Adela Carboné</i>
LISSETA.....	<i>Cándida Losada</i>
NOBLE 1.º.....	<i>Miguel Miranda</i>
NOBLE 2.º.....	<i>José López Martín</i>
NOBLE 3.º.....	<i>Juan Martín Peña</i>
NOBLE 4.º.....	<i>Guillermo Fernández</i>
DAMA 1.ª.....	<i>Josefina Rizo</i>
DAMA 2.ª.....	<i>Paulina Aparicio</i>
EL GRAN CHAMBELÁN.....	<i>Paulino Álvarez</i>
ANTOLÍN.....	<i>Carmelo Pestaña</i>
CÁNDIDO.....	<i>Alberto José Pestaña</i>
DOMINICO.....	<i>Pepito Martínez</i>
EL REY.....	<i>José Capilla</i>
EL BRAVO MARISCAL.....	<i>Manuel Kayser</i>
MINISTRO 1.º.....	<i>José Cuenca</i>
MINISTRO 2.º.....	<i>Fulgencio Nogueras</i>
MINISTRO 3.º.....	<i>Miguel Miranda</i>
MINISTRO 4.º.....	<i>Jacinto Martín</i>
MINISTRO 5.º.....	<i>Fernando M. Delgado</i>

Una Corte de Europa. En la primera mitad del siglo XVIII

Decorados y figurines de Vicente Viudes  
Coreografía de María Jesús Jorge  
Ilustraciones musicales de Manuel Parada  
Dirección de Cayetano Luca de Tena

## PRÓLOGO

*(Se alza el telón. Unas cortinas corridas cubren todo el espacio de la embocadura. A un lado o por el centro, asoma el rostro de Diana. Un rostro bonito, pícaro e ingenuo a la vez)*

DIANA.—¡Chiss! ¡Chiss! Buenas noches, señoras. Buenas noches, señores. Todo está ya preparado para el juego... Los violines, el Palacio,<sup>1</sup> los candelabros, el jardín, el rayo azul de luna y las luces claras de la mañana. Los caballeros se atusan el bigote y las damas se pintan los labios un poquito más. Yo misma estoy dispuesta en un santiamén. Vamos, pues, a empezar a jugar. Porque si el teatro siempre es un juego, esta noche es más juego que nunca. En el mundo alegre y desenfadado de la farsa no se respeta nada... Las cosas más serias tienen dentro música de minué. El minué es un baile cortesano y grave, pero muy dado a la malicia y a la picardía, en el que, dichas al oído, caben todas las burlas. Por eso, la fábula es pura farsa. Una alegre travesura de las palabras que vibran entre los violines de la orquesta. Figuraos que los primorosos muñequitos de un grabado antiguo comienzan a hablar como el autor imagina que pudieran haber hablado... Para soñar, basta una vieja caja de música. Un resorte escondido pone en marcha la cajita y llega de lejos, de muy lejos, a través de los siglos, una musiquilla melodiosa y mágica... Las figuritas del grabado se mueven y hablan a su capricho.

*(Se oye una suave melodía dieciochesca, que, paulatina y graciosamente, va subiendo de tono. A Diana se le ilumina el rostro con una nueva sonrisa)*

¿Oís? Alguien ha puesto en marcha la cajita de música y la farsa va a comenzar... *(Se pone alegremente un dedo en los labios)* Chiss... Escuchad.

*(Desaparece detrás de las cortinas. Durante unos instantes continúa la música. Al fin se descorren totalmente las cortinas)*

---

<sup>1</sup> Respetamos en este caso la mayúscula utilizada en la edición original, aunque no se refiere a un palacio concreto o real. También hemos respetado otras mayúsculas del texto por su valor identificador o simbólico.

## ACTO I

**E**stamos en el saloncito íntimo de un palacete próximo al Palacio Real.<sup>2</sup> Al fondo, una gran puerta central de cristales y dos altísimos ventanales, uno a cada lado de la entrada. Detrás, el jardín. Un jardín verde e infinito, con rosales sobre el césped, que se pierde allá, a la orilla de un lago. En el salón hay un juego frívolo y alegre de arañas y de espejos. Una mañana de primavera.

*(Al levantarse el telón, reclinada en un gran canapé, cuajado de almohadones, está Diana. Su actitud, entre sedas y encajes, y el frufrú de su lujoso atavío de gran dama, es la de una reina bonita y llena de encanto, pero sin la más mínima majestad. Cuando se enoja –y como se verá, eso ocurre con frecuencia–, un mohín le frunce los labios, y los ojos le brillan con más brío. La rodean Marieta, Inés, Celia y Lucía. Marieta, Celia e Inés son tres damiselas jóvenes y lindas, con ojos de picardía. Las tres muy elegantes, muy reidoras, muy coquetas, dan los últimos toques al tocado de Diana. Marieta, arrodillada sobre un almohadón, la calza delicadamente. Celia e Inés, a los lados, tienen entre las suyas cada una una mano de Diana, cuyas uñas abrillantan. Lucía, en pie, detrás del canapé, concluye de arreglar los bucles del peinado de Diana. La buena Lucía es una vieja doméstica cuyo discreto atavío aún guarda indicios de su antigua mocedad aldeana. El grupo que componen las cinco mujeres tiene todo el encanto de un cuadro de Boucher.<sup>3</sup> Al otro lado de la escena, el Maestro de música, sentado ante un pequeño clavicordio o clavecín, con un enorme aire de aburrimiento, teclea suavemente de cuando en cuando. Y en el centro del salón, en pie, dando pequeños paseítos, pensativo, retórico y solemne, el Preceptor. Es un vejete rechoncho, que explica a Diana su lección de Historia, y toma su oficio con gran dignidad)*

2 *Palacio Real*: debe entenderse como denominación genérica por la falta de coordenadas geográficas de la farsa.

3 *Boucher*: François Boucher (París, 1703-1770). Uno de los más destacados exponentes del estilo rococó francés.

PRECEPTOR.—Prosigamos nuestra lección de Historia con la venia de la señora. *(Elocuente)* Fue, sin duda, en el siglo xv, cuando nuestra patria alcanzó su mayor gloria. ¡Ah! Eran otros tiempos. Las antiguas naves de nuestros piratas formaron la gran Armada que navegaba por todos los mares. En el nombre del Rey...

DIANA.—*(Un gritito)* ¡Ay! ¡Ay!

LUCÍA.—¡Señora!

DIANA.—Me pinchas. ¿No puedes tener cuidado?

INÉS.—Perdonad, señora. No lo haré más.

PRECEPTOR.—*(Indignado)* ¡En el nombre del Rey!

DIANA.—¡Ay! Seguid, seguid, señor preceptor, con vuestra lección de Historia. El señor Maestro aguarda que terminéis vos para comenzar su lección de Música.

PRECEPTOR.—*(Delicadamente)* ¿Os gusta la Historia, señora?

DIANA.—Ni pizca... Es una lata.

PRECEPTOR.—*(Dolorido)* ¡Oh!

DIANA.—*(Indignada)* Pero como el Rey está empeñado en que yo sepa Historia y Latín, y Música y Filosofía, y todas esas cosas... *(Dándole un puntapié al almohadón)* ¡Maldita sea! Está una más harta...

PRECEPTOR.—*(Una reverencia)* El Rey, nuestro señor, quiere que la amada de su corazón, su favorita, pueda ser presentada dignamente en los salones de Palacio...

*(Diana se incorpora airadamente)*

DIANA.—¿Cómo? ¿Queréis decir que el Rey se avergüenza de mí? ¿Es que soy una salvaje?

TODOS.—¡Oh!

DIANA.—*(Casi llorando)* ¿Has oído, tía Lucía? ¡Esa mosca negra me ha llamado salvaje! ¡A mí!! ¡Se lo diré al Rey!

TODOS.—¡Oh! ¡Oh!

*(Diana llora rodeada por sus tres damiselas, y por Lucía. El Preceptor, aterrado, se ha refugiado junto al Maestro de Música)*

PRECEPTOR.—*(Aterrado)* ¡Me ha llamado mosca negra!

MAESTRO.—No os ofendáis. Ayer me llamó a mí animal.

PRECEPTOR.—¡Oh! *(Una transición. Va hacia el grupo de mujeres)* ¡Señora! Yo ruego a la señora que disculpe mi torpeza. Para mí es un honor ser el preceptor de

la amante de Su Majestad. Pero recuerde la señora que, hasta ahora, el Rey siempre eligió sus favoritas entre las primeras damas de la Corte. Casi todas fueron amigas íntimas de la Reina, que es lo más delicado. Por primera vez en la historia del reinado, el Rey da su real amor a una mujer de las clases inferiores y claro...

*(Diana grita, se pone en pie, pega un puntapié a otro almohadón, y se suelta de Celia e Inés)*

DIANA.—¡Ayyy! Estúpido, estúpido, estúpido...

PRECEPTOR.—¡Oh, señora!

DIANA.—¿Vais a recordarme otra vez que soy una campesina que conoció al Rey en una cacería, en medio del campo? ¿Eh? ¿Es eso?

PRECEPTOR.—*(Angustiadísimo)* ¡¡¡Oh!!!

DIANA.—*(Llorando)* ¡Oh, tía Lucía, qué desgraciada soy!

LUCÍA.—¡Mi pobre niña!

INÉS.—¡Oh, señora! La pobre señora...

*(El Preceptor, con enorme angustia, se seca el sudor)*

PRECEPTOR.—¡Señora! Yo ruego a la señora que me disculpe... Yo soy un humilde servidor de la señora. Yo soy un admirador de la señora.

DIANA.—*(Transición)* ¿Eso es verdad?

PRECEPTOR.—¡Lo juro, señora!

DIANA.— ¡Ah! *(Sonríe)* ¿Y qué es lo que admiráis más en mí, señor preceptor?

PRECEPTOR.—¡Oh, señora! Esos ojos, esas manos, esa sonrisa. Todos vuestros encantos. Comprendo perfectamente que el Rey esté loco por vos.

DIANA.—*(Felicísima)* ¡Oh, señor preceptor! *(Se vuelve hacia las damiselas)* ¿Verdad que, después de todo, es simpático?

MARIETA.—Es encantador. *(Suspira)* ¡Si fuera más galán!

DIANA.—¡Pobrecito! ¿Qué haré para que me perdonéis mi mal genio? Bueno, le diré al Rey que os dé una condecoración... *(Dignamente)* Me parece que vuestros desvelos para enseñarme Historia bien pueden ser considerados como servicios prestados a la nación.

MARIETA.—¡Claro!

PRECEPTOR.—¡Oh!

*(El Maestro de Música teclea rapidísimamente en el clavecín do-re-mi-fa-sol-la-si...)*



DIANA.—(*Gentilmente*) Ahora, señor maestro, nos gustaría oír un poco de vuestra lección...

MAESTRO.—¡A las órdenes de la señora! (*En funciones, como una letanía*) ¡Ejem! Siete fueron los sabios de Grecia, siete son las maravillas del mundo y siete los días de la semana. Y siete, señora mía, son los grados del sistema musical diatónico. (*Tecléa*) Do, re, mi, fa, sol, la, si...

DIANA.—(*Interrumpiendo*) ¡No, no, no! ¡Eso, no!

MAESTRO.—¡Señora!

DIANA.—(*Resuelta*) ¡No quiero solfeo! (*Dando pataditas en el suelo*) ¡No me da la gana! Yo quiero oír canciones bonitas... ¡Tocad una canción de amor, señor Maestro! Mis damas y yo lo queremos.

INÉS.—¡Ay, sí!

CELIA.—¡Tocad!

MARIETA.—¡Tocad, señor maestro!

MAESTRO.—Como gustéis...

*(Eleva los ojos al cielo y, resignadamente, empieza a tocar en el clavicordio una romántica canción amorosa de la época. Diana, Marieta, Celia e Inés, muy complacidas, tararean con los labios cerrados la melodía y empiezan a bailar en torno al Preceptor, marcando unos pasos de baile. El Preceptor, muy azorado, trata de huir, pero las cuatro le rodean, siempre bailando. Y ríen. Al cabo, Diana, con una carcajada, se retira y cae rendida en el canapé. Lucía acude a su lado; Marieta, Celia e Inés, continúan bailando alrededor del Preceptor)*

DIANA.—¡Ay, tía Lucía! (*En secreto*) ¿Sabes por qué me gusta tanto esta música?

LUCÍA.—¡Hum! Vete a saber.

DIANA.—(*Ensoñadora*) Porque me recuerda al campo de nuestra aldea, el río y el bosque. ¿Te acuerdas? Hace solo tres meses que me trajeron aquí y ya parece todo aquello tan lejano... Cuando al amanecer salía al prado con mis corderos, me bañaba en el río, me dormía bajo los árboles...

LUCÍA.—Calla, calla. Siempre fuiste más loca...

DIANA.—(*Refugiándose en ella muy contenta*) ¡Tía Lucía! Verdaderamente, el Rey ha sido muy bueno permitiendo que vinieras tú aquí a vivir conmigo. Sin ti, todo esto me daría muchísimo miedo.

*(Termina la pieza en el clavicordio y cesa la danza de las damitas)*

TODOS.—¡Oh!

DIANA.—¡Se acabó! (*Todas aplauden*) Ahora, os toca a vos seguir, señor preceptor. Os escuchamos.

*(Se vuelve a acomodar en el canapé y las muchachas, como antes, en torno suyo. Todas adoptan un aire de circunspecta atención)*

PRECEPTOR.—¡Ejem! ¿Dónde íbamos? ¡Ah, ya! Época moderna, eso es. ¡Señora! (*En orador otra vez*) Es muy triste reconocer que, a partir de los últimos años del pasado siglo, nuestro país, tierra de tan rancias virtudes, adopta costumbres de una terrible inmoralidad...

DIANA.—(*Seramente*) La verdad es que la gente de ahora tiene poca vergüenza... ¿No crees, tía Lucía?

LUCÍA.—Calla, hija. Nadie vive como Dios manda. Un asco.

PRECEPTOR.—¡Ejem! Al mismo tiempo florecen como nunca las Artes y las Ciencias. El espíritu de nuestras instituciones influye en todas las cortes de Europa. El mundo entero admira a nuestros filósofos y a nuestros artistas... (*Una transición. Preocupadísimo*) Por cierto, yo no sé por qué, pero resulta que las épocas de más cultura son las épocas de más desvergüenza... Es curioso.<sup>4</sup>

DIANA.—¿De veras, señor preceptor?

PRECEPTOR.—¡Digo! Acordaos del Imperio Romano, cuya lección os expliqué ayer.

DIANA.—(*Ruborizada*) Realmente os pusisteis un poco verde, señor preceptor. ¿No es cierto, Marieta?

MARIETA.—¡Ay, sí! Fue delicioso.

PRECEPTOR.—Pues veréis, señoras mías, cuando os cuente al detalle la historia de la Grecia antigua...

DIANA.—(*Escandalizada*) ¿Más todavía?

PRECEPTOR.—(*Púdico*) Muchísimo más.

*(Marieta, Celia e Inés rodean al pedagogo, muy risueñas, muy curiosas. Hablan las tres a un tiempo)*

CELIA.—¡Diga, diga el señor preceptor!

MARIETA.—¡Ay, sí, señor preceptor!

---

4 Este comentario suena a la famosa frase de Harry en *El tercer hombre* (1949) sobre la pacífica Suiza productora del reloj de cuco en contraste con la violenta, corrupta y espléndida Italia del Renacimiento.

*(Se ríen muy pícaras. El Preceptor se vuelve a azorar. Y de un rincón surge la destemplada voz de Lucía, muy enfadada)*

LUCÍA.—¡Silencio!

TODAS.—¡Oh, Lucía!

LUCÍA.—¡Señor preceptor! La niña debe ignorar ciertas cosas por muy históricas que sean.

LAS DAMISELAS.—*(Mohínas)* ¡Oh, Lucía!

MARIETA.—Esta Lucía es más moral...

CELIA.—Ya, ya. ¡Se está quedando anticuada!

DIANA.—Continuad, señor preceptor.

PRECEPTOR.—¿Con la cultura?

DIANA.—No, no. Con la inmoralidad... Por lo visto, a mis damas les divierte muchísimo más.

LAS DAMISELAS.—*(Aplaudiendo)* ¡Sí, sí!

PRECEPTOR.—*(Resignado)* ¡Sea! Preciso es decir que hoy día la inmoralidad en nuestra Corte ha llegado a lo más alto... *(Muy triste)* Ya nadie tiene decoro. Fue el rey Mauricio, abuelo de nuestro soberano, quien por primera vez dio carácter oficial a su amante, y desde entonces, hasta hoy, la favorita del Rey es una institución dentro de la Corte. Es otro poder.

DIANA.—*(Muy sorprendida)* ¡Alto, señor preceptor! ¿Queréis decir que ese poder soy yo?

*(El Preceptor la mira y mueve la cabeza con melancolía)*

PRECEPTOR.—Sí, señora. Vos.

DIANA.—*(Se mira a sí misma confundida)* ¡Caramba! Pues a ver qué hago yo con el Poder...

PRECEPTOR.—*(Una reverencia)* Lo mismo dice Su Majestad...

DIANA.—*(Enfurrugada)* Tía Lucía, a mí no me gusta tener el Poder. ¡No quiero!

LUCÍA.—*(Sensata)* Niña, niña. ¿Te has vuelto loca? Si no te gusta el Poder, te aguantas.

DIANA.—He dicho que no quiero. Yo quiero mis vestiditos y mis alhajas. Pero no quiero el Poder porque no sé para qué sirve.

PRECEPTOR.—¡Señora! El Poder es un sueño que no permite soñar porque hace posibles todos los sueños. Así es de maravilloso. Vos, que hoy tenéis el Poder, podéis lograrlo todo: incluso que este humilde servidor vuestro, este pedagogo sin importancia, sea declarado sabio por decreto...

DIANA.—¿De veras?

PRECEPTOR.—Sí, señora.

DIANA.—¿Basta mi voluntad para que vos seáis un sabio?

PRECEPTOR.—¡Sí, señora! Vuestra voluntad es una orden para el Rey...

DIANA.—Hombre, pues ya está. ¡Os hago sabio!

PRECEPTOR.—(*Se estremece de emoción*) ¿Eh? ¿Yo sabio? ¿No he oído mal?

Todos.—(*Con admiración*) ¡Sabio!

*(Marieta, Celia e Inés rodean al Preceptor y se inclinan ante él con grandes reverencias de Corte)*

MARIETA.—¡Oh, sabio! ¡Sabio!

CELIA.—¡Enhorabuena, señor!

INÉS.—¡Excelencia!

PRECEPTOR.—¡Yo, sabio! ¡El sueño de toda mi vida!

MAESTRO.—¡Os felicito, colega!

PRECEPTOR.—(*Muy enfadado*) ¿Cómo colega? Excelencia habréis querido decir. ¿Olvidáis que soy un sabio?...

MAESTRO.—¡Cierto! ¡Perdón, excelencia!

*(El Preceptor toma una mano de Diana y se la besa apasionadamente)*

PRECEPTOR.—¡Oh, señora! ¡Que el Señor conserve largos años vuestro poder para bien de nuestra patria! Ea, se acabó la lección de hoy. Señora, progresáis de un modo asombroso. ¡Os felicito! (*Muy superior, al Maestro*) Vamos, buen hombre. ¡Seguidme! ¡Oh, sabio, sabio! ¡Ya soy sabio! Corro a decírselo a mi mujer...

*(Se va nerviosísimo, por el fondo, seguido por el Maestro de Música. Celia e Inés le hacen paso entre grandes reverencias. Y marchan tras él con Lucía. Quedan solas en escena Diana y Marieta, que rompen las dos en una gran carcajada)*

DIANA.—(*Felicísima*) Anda, qué contento se ha puesto el pobre. Si yo hubiera sabido que le gustaba tanto, le hubiera hecho sabio muchísimo antes. Por lo visto eso de ser sabio es muy importante... Oye, Marieta.

MARIETA.—¡Señora!

DIANA.—¿Sabes que ya me gusta el Poder? Nos vamos a divertir de lo lindo...

(Se ríen. Surgen en la puerta del jardín, muy alborozadas, Inés y Celia)

INÉS.—¡Chiss! ¡Chiss! Venid.

CELIA.—¡Señora! ¡Ahí está!

DIANA.—¿Quién?

INÉS.—¡El desconocido!

DIANA.—¿Otra vez?

(Y, con Marieta, corre hasta las cristaleras del fondo. Allí las cuatro escudriñan en la lejanía del jardín)

CELIA.—¡Oh! ¡Ya es inútil! Se ha escondido entre los árboles. Pero era él. Es buen mozo, guapo y asustadizo. ¡Debe de ser encantador!

(Vuelven las cuatro. Las tres damitas rodean a Diana)

DIANA.—¿Quién será ese hombre?

MARIETA.—¡No hay duda! Un mozo que ronda el parque desde hace tres días... Es un enamorado vuestro. (*Romántica*) ¡Ay! Debe de ser un príncipe extranjero que se ha enamorado de la favorita de nuestro Rey. Os robará cualquier noche y habrá guerra. Y vos seréis Helena de Troya.<sup>5</sup> ¡Qué suerte!

INÉS.—Quizá sea un poeta. Los poetas siempre se enamoran de un imposible para sufrir un poco. En el fondo, lo que a ellos les gusta es sufrir.

DIANA.—¿Tú crees?

INÉS.—Figuraos... Siempre hay poetas que se enamoran de mí y todos, no sé por qué, se empeñan en que yo soy un imposible. (*Un mohín*) Y os aseguro que no.

(*Ríen*)

CELIA.—Yo creo que el desconocido es un rico caballero que está enamorado de vos... Son los que a mí me gustan. Os envidio, señora.

MARIETA.—¡Qué hermosa aventura!

---

<sup>5</sup> *Helena de Troya*: personaje de la mitología griega; pretendida por varios héroes debido a su belleza, fue raptada por Paris, príncipe de Troya, lo que originó la guerra de Troya.

DIANA.—¿Qué estás pensando? Olvidáis que soy la amante del Rey y no estaría bien visto... ¿Qué dirían en la Corte? *(Ríen a coro las muchachas. Diana se ruboriza)* ¿Os burláis de mí?

MARIETA.—¡Sois tan inocente, señora! Se os olvida que en la Corte lo único que no está bien visto es la virtud...

*(Ríen. Surge un Criado)*

CRIADO.—¡Señora!

DIANA.—¡Callad!

CRIADO.—Acaba de entrar en el parque la carroza del primer ministro, su excelencia el señor Nicolás de Gravelot.

TODAS.—¡Oh!

INÉS.—¡El hombre más importante del país!

MARIETA.—Gravelot en nuestra casa... Ya no hay duda. El Rey está loco por vos. Decididamente sois el verdadero Poder.

DIANA.—¿Tú crees? *(Muy azorada)* Pues la verdad es que, a mí, todo esto me pone nerviosísima...

*(Entra otro Criado y lo anuncia)*

OTRO CRIADO.—¡Su excelencia el señor Nicolás de Gravelot!

*(Los dos Criados se sitúan cada uno a un lado de la puerta, y entre ellos surge la figura de su excelencia el señor Nicolás de Gravelot. Su excelencia es un hombre de bastante edad, con una superior gentileza mundana en sus ademanes y en el brillo cínico de sus ojos. Peluca blanca, casaca de raso bordada, encaje en la pechera. A su aparición, Diana, Marieta, Celia e Inés se inclinan reverentemente)*

GRAVELOT.—*(Risueño)* ¡Saludo a la más graciosa belleza del Reino y a sus damas de honor!

DIANA.—¡Señor de Gravelot!

INÉS.—¡Señor!

CELIA.—¡Dios os guarde, señor!

MARIETA.—¡Sea bienvenido nuestro gran filósofo!

*(El Señor de Gravelot avanza orondo entre las dos filas que forman las cuatro mujeres y sonrío a unas y a otras. Los dos Criados desaparecen)*

GRAVELOT.—¡Bellísima Marieta! Siempre tan gentil. En Palacio todos los oficiales de la guardia están dispuestos a morir por vos...

TODOS.—*(Riendo)* ¡Oh!

MARIETA.—¿Es cierto, señor?

GRAVELOT.—¡Inés!

INÉS.—¡Señor!

GRAVELOT.—Habéis enloquecido a mi secretario...

TODAS.—¡Oh!

GRAVELOT.—*(Besando la mano de la muchacha)* Os traigo su saludo y su desesperación... Realmente, hija mía, ¿cuándo accederéis a ser su amante?

*(Ríen todas, menos Diana, que, enfurruñadísima, se retira a un lado, sin dejar de escuchar atentamente lo que se dice)*

CELIA.—¿Habéis escrito un nuevo libro, excelencia?

GRAVELOT.—Sí, querida Celia. He escrito en este tiempo mi obra maestra. Un tratado sobre el amor. *(Suspira)* Pero no podrá publicarse porque lo prohíbe la censura de monseñor...

TODAS.—¡Oh! ¡Oh!

GRAVELOT.—No importa. Se hará una gran edición clandestina con permiso de Su Majestad. Yo, en política, soy un cortesano, y en literatura, un conspirador...

*(Ríen las muchachas con gran jolgorio)*

TODAS.—¡Oh! ¡Oh!

MARIETA.—¿Cómo está la Corte, excelencia?

GRAVELOT.—Como siempre... Deliciosamente inmoral.

DIANA.—*(Refunfuñando)* No me gusta la Corte, ea. ¡En el pueblo la gente es más decente!

GRAVELOT.—*(Se vuelve hacia ella bondadosamente)* ¡Hija mía! Os ruego que no creáis en la virtud de las clases inferiores. El pueblo es virtuoso porque no tiene más remedio que serlo; de igual modo que las mujeres feas no pueden dejar de ser honestas. La virtud a la fuerza es algo muy cómico, hija mía...

(*Marieta, Celia e Inés se entusiasman*)

MARIETA.—¡Bravo, señor de Gravelot!

INÉS.—¡Sois admirable! ¡Qué elocuencia!

CELIA.—¿Qué sería de la Corte sin vos, señor?

GRAVELOT.—(*Muy complacido*) Gracias, amigas mías. Sois muy gentiles. Pero, sobre todo, ¡qué hermosas sois! Por bellas, tenéis todos los derechos, hasta el de ser virtuosas, si es que lo sois todavía. Pero, si lo sois, no abuséis de ese derecho. ¡Es tan incómodo!...

LAS DAMISELAS.—(*Con gran alborozo*) ¡Ay! ¡Ay!

(*Ríen las tres, y Gravelot con ellas. Diana se vuelve y grita, muy brusca*)

DIANA.—Bueno, ¡se acabó!

TODOS.—(*Suspensos*) ¿Eh?

GRAVELOT.—¡Hola!

DIANA.—¿Vos habéis venido a mi casa para verme a mí o para divertirnos con mis damas de honor?

MARIETA.—¡Señora!

GRAVELOT.—(*Curioso y condescendiente*) ¡Hola! ¡Hola! ¿Qué es eso, muchacha? Esos ojos y esos gritos de fierecilla me recuerdan cierto personaje de Shakespeare.<sup>6</sup> ¿Conocéis a Shakespeare?

DIANA.—¡Un cuerno!

MARIETA.—¡Señora!

DIANA.—¡Me revienta Shakespeare, y el Latín, y la Astronomía, y todas vuestras ciencias! Pero no quiero oír desvergüenzas. (*Irritadísima*) ¿Qué hacéis vosotras ahí, pasmadas?

MARIETA.—¡Señora!

DIANA.—¡Largo de aquí!...

MARIETA.—¡Oh, señora! Perdonad...

CELIA.—¡Señora!

INÉS.— ¡Señora!

6 Catalina, protagonista de *La fierecilla domada* (*The Taming of the Shrew*, h. 1590-1593). Ruiz Iriarte estrenó una versión libre de *La fierecilla domada*, dirigida por Fernando Fernán-Gómez (teatro Infanta Beatriz, 3 oct. 1958; Madrid: Alfíl (colección Teatro, 229), 1959).



*(Y las tres, en silencio, se inclinan y salen casi de puntillas. Quedan solos Diana y Gravelot. Un silencio. Gravelot sonríe y, con elegante aire displicente, teclea unos compases sobre el clavicordio. Diana se retira a su canapé donde adopta una postura que ella cree muy majestuosa)*

GRAVELOT.—*(Sonríe)* ¡Señora! Vengo a vuestra casa enviado por el Rey.

DIANA.—*(Se incorpora, asustada)* ¿Le sucede algo a Carlitos?

GRAVELOT.—*(Estupefacto)* ¿Cómo Carlitos?

DIANA.—*(Se ruboriza)* Bueno; perdonad. Es que al Rey le gusta mucho que le llame así. ¡Como es tan tierno!...

GRAVELOT.—¡Ah, ya! *(Suspira)* Los graves negocios de Estado impiden a Su Majestad visitaros hoy, como sería su real deseo... ¡Ah, gobernar, gobernar! ¡Qué difícil verbo! Si supierais, hija mía...

DIANA.—Ya, ya me hago cargo, señor. El Rey siempre me está diciendo que le fastidia la gobernación del país... Por lo visto es una gaita. ¡Pobre Carlitos!

GRAVELOT.—¡Ejem! Traigo, además, a vuestra casa un delicado encargo del Rey. Su Majestad desea vivamente presentaros pronto a la Corte, y quiere que por mí mismo compruebe cómo marcha vuestra educación.

DIANA.—*(Asustad sima)* ¿Mi educación?

GRAVELOT.—S , hija mía. Vuestra educación.

DIANA.—¡Y dale con mi educación! ¡Qué manía! ¡Estoy más harta! *(Transición)* Señor de Gravelot, ¿es que vais a examinarme de Lat n o de Shakespeare?

GRAVELOT.—¡Oh, no!

DIANA.—¿Le diréis al Rey que he tenido ese arrebatado de mal genio?

GRAVELOT.—¡Hum! Veremos.

DIANA.—Es que esas tres chicas me desesperan. Siempre están pensando en desvergüenzas y picardías. *(Sensata)* ¡Si no las vigilara una!...

GRAVELOT.—*(Muy asombrado)* ¿Qué decís? ¿Que vigil is vos a vuestras damas de honor?

DIANA.—S , señor. No tengo más remedio. *(En secreto)* Me parece que no son decentes.

GRAVELOT.—¡Ah!! *(Absorto)* Le dir  a Su Majestad que la favorita quiere una Corte decente. Pero, hija mía, os aseguro que esto no ha sucedido nunca...

DIANA.—No le dig is nada al Rey, señor. Ya cuidar  yo de ellas... Después de todo, las he tomado cariño. Pero, sentaos a mi lado, señor de Gravelot. ¡Cuánto siento que no venga hoy el Rey! ¡Se divierte tanto conmigo el pobrecito! En cuanto me ve se pone más dulce...

GRAVELOT.—*(Suspira)* Lo creo. Es un sentimental.

DIANA.—Y me dice unas ternezas... (*Riendo*) Me llama paloma.

GRAVELOT.—¡Oh!

DIANA.—Y margarita silvestre. Y amapola...

GRAVELOT.—Por lo visto, Su Majestad sigue haciendo el amor al viejo estilo...

DIANA.—¿Es que os burláis de Su Majestad? ¡No os lo consiento!

GRAVELOT.—¡Hija mía! Todos sabemos que Su Majestad no es demasiado inteligente. Pero no temáis. Este secreto no saldrá jamás de la Corte. Su Majestad pasará a la Historia como un gran Rey, absoluto, poderoso y lleno de talento. ¿Y sabéis cuál es su talento? El mío. El talento de Nicolás Gravelot, el primer filósofo de Europa, el primer ministro, que dicta las leyes que firma Su Majestad; el autor de todo el programa político que nos gobierna. (*Sonríe. Superiormente*) Hija mía: yo soy otro poder dentro del Poder. ¿Os parece, pues, que abuso si, de vez en cuando me permito decir que el Rey me parece un pobre señor?

DIANA.—(*Muy pensativa*) Es curioso. ¿Decís que vos sois otro poder dentro del Poder?

GRAVELOT.—Así es.

DIANA.—(*Ríe, muy contenta*) ¡Anda, pues entonces estamos iguales!...

GRAVELOT.—¿Cómo?

DIANA.—¡Claro! (*Muy alegre*) Como yo también soy otro poder... La favorita del Rey es otro poder dentro de la Corte. ¡Lo dice la Historia!

GRAVELOT.—(*La mira muy despacio*) ¡Ah! Ya lo habéis descubierto. (*Un silencio*) No creí que esto ocurriera tan pronto. (*Transición*) ¿Y puedo saber cómo habéis descubierto vuestro poder?

DIANA.—(*Ufana*) Ya lo creo. Me lo ha dicho mi preceptor.

GRAVELOT.—Ese majadero...

DIANA.—(*Ofendida*) ¿Cómo majadero? Nada de eso. Es un sabio...

GRAVELOT.—(*Indignado*) ¿Un sabio ese imbécil?

DIANA.—(*Golpea el suelo con el pie*) ¡He dicho que es un sabio! Yo misma lo he nombrado.

GRAVELOT.—¡Ah!

DIANA.—Desde hoy es tan sabio como vos. ¡Y si hace falta inventará otro programa político!

GRAVELOT.—(*Se inclina ceremoniosamente*) ¡Saludo con todo afecto a mi nuevo colega! Y vos, señora, perdonad si hasta ahora os traté con cierta indiferencia. Olvidé que la campesina también es mujer. ¡Rectifico!

(*Una enorme reverencia*)

DIANA.—(*Ríe, muy divertida*) Vamos, vamos, señor de Gravelot. No gastéis cumplidos. Yo soy una pobre chica, y me pongo colorada en seguida.

(*Se ríe de muy buena gana. Él la mira con mucha curiosidad*)

GRAVELOT.—¿Y os ha enseñado, señora, en qué consiste el Poder?

DIANA.—¡Anda, ya lo creo! Eso es lo más fácil. El Poder es mi voluntad.

GRAVELOT.—¡Qué profunda filosofía!

DIANA.—Yo mando porque soy la favorita del Rey. Mi poder es tan grande, que, si quiero, puedo hacer que a vos mismo os encierre el Rey en un castillo.

GRAVELOT.—(*Se estremece*) ¡Señora!

(*Gravelot se sienta, palidísimo, y se seca el sudor. Ella acude, muy solícita*)

DIANA.—¡Ay, señor de Gravelot! ¿Os habéis asustado? Pero si yo hablaba en broma, señor de Gravelot. ¿Cómo podéis creer que yo quiero encerraros en un castillo? Al contrario. Si algún día el Rey os mete en prisión, yo haré que os perdone...

(*Y, de rodillas a sus pies, le toma una mano cariñosamente. Él la mira aterrado*)

GRAVELOT.—De cualquier modo os disponéis a ser mi dueña... Esto es extraordinario.

DIANA.—(*Riendo*) Es que le estoy tomando gusto al Poder. Como es tan divertido... (*Se ríe otra vez*), pero a vos lo único que os ordeno es que no volváis a burlaros de Carlitos. ¡Pobrecito mío! Es un infeliz. (*Una transición*) Bueno, ¿cómo encontraréis mi educación?

GRAVELOT.—(*Boquiabierto*) ¡Asombrosa!

DIANA.—¿De veras?

GRAVELOT.—Vine dispuesto a hablar con aquella campesina que conocí hace tres meses, cuando el Rey os halló en medio del campo y os encuentro capaz de gobernar el mundo... ¡Señora! Estoy trastornado.

DIANA.—(*Muy feliz*) ¿Os gusto? Sometedme a alguna prueba, os lo suplico. Pero no me preguntéis nada de Latín, ¿eh? Hacedme pruebas de cortesía.

GRAVELOT.—(*La mira y sonríe, a pesar suyo*) ¿Os gustaría?

DIANA.—¡Sí! Quiero que llevéis de mí un buen informe para Su Majestad...

GRAVELOT.—Pues bien... El Rey quiere presentaros a la Corte con motivo de una fiesta que dará dentro de unos días en honor del embajador de Prusia. La fiesta será, realmente, en honor vuestro. La Corte os espera con enorme curiosidad. Se habla de vos, de vuestra belleza; se sabe que, desde hace tres meses, residís en este palacete, pero nadie os conoce... Pues bien, cerrad los ojos. En vuestra carroza habéis llegado a Palacio. La guardia os rinde armas. Subís la gran escalera entre dos filas de cortesanos...

DIANA.—(*Sonríe, con los ojos cerrados*) ¡Huy, qué vergüenza que me va a dar!

GRAVELOT.—(*Sonríe*) Imaginad que se acerca a vos el señor embajador: ¿qué le diréis?

*(Diana hace una gran reverencia de Corte y sonríe a Gravelot)*

DIANA.—¿Cómo está Prusia, señor embajador?

GRAVELOT.—¡Admirable! ¡Sencillamente admirable! Suponed ahora que llegáis ante el Rey, entre las miradas de toda la Corte...

*(Diana hace una nueva reverencia, más profunda que la anterior, y baja los ojos al suelo)*

DIANA.—¡Señor! (*Y con otra voz, tierna, en secreto*) Querido mío...

GRAVELOT.—(*Boquiabierto*) ¡Soberbio! ¡Magistral! ¿Quién os ha enseñado?

DIANA.—(*Ríe*) ¡Anda, pero si estas cosas las aprende una sola!...

GRAVELOT.—¡Santo Dios! Bueno; pensad ahora que en la fiesta soy yo, el señor de Gravelot, quien se acerca a cumplimentaros. Toda la Corte espera lo que sucederá cuando se encuentren vuestro poder y el mío. ¿Qué haréis vos? Yo me acerco: ¡Señora!

*(Diana, muy gentil, muy risueña, le tiende una mano para que él la bese)*

DIANA.—¡Mi querido Nicolás!

GRAVELOT.—(*Entusiasmado*) ¡Diana!... ¡Mi querida Diana! Cuando en la Corte vean que me saludáis así, seremos invencibles.

DIANA.—¿Es posible?

GRAVELOT.—(*Radiante*) Unidos los dos, seremos los verdaderos dueños del país. ¡Oh, Diana! (*Le besa la mano*) Necesito vuestra amistad para bien del país. ¿Amigos siempre?

DIANA.—Sí, hombre. Pero si yo quiero llevarme bien con todos.

GRAVELOT.—Sois encantadora. Corro a felicitar a Su Majestad por la deliciosa prenda que ha elegido su corazón. Claro que, ¡quién iba a esperar menos del delicado espíritu de nuestro Soberano! ¡Señora! Estoy seguro de que la Historia os hará justicia.

DIANA.—¡Eh! A propósito de la Historia. ¿Es cierto, señor, que la Historia no es muy amable con las favoritas de los reyes?

GRAVELOT.—¡Bah! La Historia es como una vieja puritana, que gruñe por todo...

DIANA.—¡Ah, ya! La Historia es como Lucía. Un poco anticuada.

GRAVELOT.—Algo así.

DIANA.—Pues no me gusta. Le diré al Rey que cambie la Historia.

GRAVELOT.—¡Señora!

DIANA.—Nada, nada. No quiero que el día de mañana la gente diga que yo soy una cualquiera... ¡Quia! ¡Eso sí que no!

*(Y salen los dos. En el jardín, por el lado opuesto al que salieron Diana y Gravelot, surge Valentín. Es un mozo de veintitantos años, que viste sencillo y humilde atavío de estudiante. Viene muy sigiloso. Mira con curiosidad el interior del salón a través de las vidrieras del fondo, da unos pasos y se planta bajo el dintel. Ahora, seguro de su soledad, entra. Y, de pronto, en el jardín, suena un gran rumor de risas. Detrás de las vidrieras aparecen los rostros jolgoriosos de Marieta, Celia e Inés, que entran gritando con gran alborozo)*

MARIETA.—¡Ahí está!

CELIA.—¡Cogido!

INÉS.—¡El pájaro ya tiene jaula!

*(Las muchachas no dejan de reír incesantemente. Valentín, azoradísimo, intenta escapar por un lateral, pero Marieta corre más que él y se interpone)*

MARIETA.—¡Quieto! (Coqueta) Yo soy Marieta.

*(Valentín corre al otro lado, pero se cruza Inés)*

INÉS.—¡Ah, no! ¡Ahora sois nuestro, y bien nuestro! Yo soy Inés...

*(Valentín, cada vez más perdido, escapa hacia el fondo, pero a tiempo se lanza Celia y se lo impide)*

CELIA.—*(Riendo)* ¡No vale correr! Yo soy Celia.

*(Valentín, muy compungido, dándose por derrotado, vuelve al centro del salón. Las tres damiselas, sin dejar de reír a carcajadas, le acosan y le hacen burlonas reverencias)*

INÉS.—¡El desconocido!

MARIETA.—¡El misterioso enamorado de la favorita!

CELIA.—Pues no parece muy audaz...

MARIETA.—Los héroes son como niños en presencia de las mujeres... ¿No lo sabías?

INÉS.—¡Ay, sí!

*(Ríen. Le acosan más)*

MARIETA.—Decidnos, señor desconocido. ¿Sois un príncipe?

INÉS.—¿Sois poeta?

CELIA.—Por lo calladito, más parece seminarista.

LAS TRES.—*(Riendo muy fuerte)* ¡Ay, sí! ¡Seminarista!

*(Aparece Diana en la puerta del jardín)*

DIANA.—¿Qué ocurre?

MARIETA.—¡Señora! *(Silencio. Las tres damitas cohíben la risa a duras penas y le señalan a Valentín)* ¡Es él!

DIANA.—*(Muy bajo. Muy impresionada)* ¿El desconocido?

MARIETA.—¡Sí!

DIANA.—¡Oh!

*(Las cuatro ahora, en torno a Valentín, le examinan con los ojos muy abiertos y con toda minucia. Él está avergonzadísimo. Durante un silencio, las cuatro mujeres le fisgan de un modo aterrador)*

LAS CUATRO.—¡Oh!

DIANA.—*(De pronto)* ¡Marieta!

MARIETA.—¡Señora!

DIANA.—Salid.

LAS TRES DAMISELAS.—(*Desconsoladas*) ¡Oh!

MARIETA.—¡Señora!

DIANA.—¡Salid, he dicho!

*(Las tres muchachas se inclinan muy mohínas. Luego, al pasar ante Valentín, cada una le hace una reverencia y dice, bajito:)*

MARIETA.—Yo soy Marieta.

CELIA.—Yo soy Celia.

INÉS.—Yo soy Inés.

*(Ya han salido las tres damiselas, sin dejar de mirar a Valentín. Solos ya él y Diana, ella se va acercando poco a poco y le mira fijamente)*

DIANA.—(*Muy bajo*) ¿De manera que sois vos? (*Él dice que sí con la cabeza*) ¿Sois vos el hombre que desde hace tres días se esconde entre los árboles del parque? (*Él afirma, ella se indigna*) ¿Y os parece bonito? (*Él se encoge de hombros, como diciendo que no, pero que no tiene más remedio*) Desde hace tres días sois la comidilla de mis damas de honor... (*Él suspira*) Pero, ¿no habéis meditado vuestra osadía? ¿No sabéis que muy cerca de aquí está el Palacio Real? ¿No sabéis que yo puedo mandar que os prendan los soldados del Rey? (*Él mira al techo*) ¡Hablad! ¡Os lo ordeno! (*Alti*) ¿Quién sois vos que os creéis con derecho a enamoraros de la favorita del Rey?

VALENTÍN.—(*Muy tímido*) ¡Señora! Me parece que aquí hay una confusión...

DIANA.—¿Cómo?

VALENTÍN.—Yo... yo no estoy enamorado de vos.

DIANA.—(*Asombradísima*) ¿Que no estáis enamorado de mí?

VALENTÍN.—No, señora. (*Suspira. Da vueltas entre las manos a su sombrero y mira al suelo*) Lo siento muchísimo.

DIANA.—(*Un poco picada*) ¡Ah! ¿Sí?

VALENTÍN.—Sí, señora. Os ruego que me perdonéis. (*Muy dignamente*) Pero, siendo vos la amante del Rey, estaría muy feo que yo os hiciese el amor. Sería completamente inmoral.

DIANA.—(*Asombradísima*) ¡Aaaah! Pero, ¿es que vos sois moral?

VALENTÍN.—(*Muy ufano*) ¡Oh! ¡Muchísimo!

DIANA.—¡Que raro! ¿De dónde venís?

VALENTÍN.—De provincias.

DIANA.—¡Ah, vamos! ¡Ya decía yo! (*Un silencio*) Pues si no es el amor el que os empuja... (*Él dice que no con la cabeza*) ¿Es que sois un ladrón? (*Él niega, con gran dignidad*) ¿Tampoco? Pues si no sois enamorado ni ladrón, no sé qué sois vos. No lo entiendo. Decidme. ¿Por qué os escondéis en el parque? ¿Qué queréis de mí?

VALENTÍN.—¡Señora! Yo necesito vuestro poder.

DIANA.—(*Indignada*) ¿Qué? ¡Otro!! Pero esto es el colmo. ¡Resulta que todos quieren disponer de mi poder! Pues, no, señor; no quiero. ¡Mi poder es para mí y nada más! ¿Lo oís? ¡Ea, ya podéis salir!

(*Le vuelve la espalda, muy enojada. Valentín se acerca, suplicante*)

VALENTÍN.—¡Señora! Permitidme que os explique todo. Desde hace tres días espero la ocasión de hablaros un momento a solas, sin la vigilancia de vuestras damas de honor. Necesito que me oigáis. Solo para eso he andado muchas leguas desde mi aldea hasta aquí...

DIANA.—(*Transición*) ¡Ah! ¿Sois de una aldea?

VALENTÍN.—¡Sí, señora!

DIANA.—(*Contenta*) ¡Mira qué bien! Yo también soy de pueblo. ¿Vuestra aldea es del sur?

VALENTÍN.—(*Nostálgico*) No, señora. Está allá, en el norte. Es un pueblecito perdido entre la niebla y las lluvias. Allí he vivido desde niño, al lado de mi tío, que es el señor cura de la aldea.

DIANA.—(*Conternura*) Mi pueblecito está rodeado de campos de trigo. Al atardecer, las espigas parecen de oro. También hay cerca un bosque y un río. (*Riendo*) Allí encontré al Rey una mañana, perdido entre los árboles del bosque. El pobrecillo se había extraviado de la cacería y no hacía más que estornudar... Si no llego yo, se queda como un pajarito. Claro que él ha contado en la Corte que me salvó de las garras de un lobo. Es más embustero... ¡Pero yo le guardo el secreto! (*Transición*) Bueno, como los dos somos de pueblo, os voy a tratar con más confianza. Dime, ¿cómo te llamas?

VALENTÍN.—Valentín.

DIANA.—¿Valentín?

VALENTÍN.—Soy estudiante de Letras.

DIANA.—¡Estudiante! ¡Bravo! Me gustan los estudiantes. (*Muy curiosa*) Y, ¿qué traes a la Corte, Valentín?



VALENTÍN.—(*Muy nervioso*) Señora, yo... (*Se decide heroicamente*) ¡Yo traigo un programa político!

DIANA.—(*Estupefacta*) ¿Un... qué?

VALENTÍN.—Un programa político.

DIANA.—(*Alarmada*) ¡Dios mío! ¿Es que sois un sabio?

VALENTÍN.—¡Quia, no señora! Los sabios no tienen programa político. Y si lo tienen, no vale. (*Superior*) Todo lo que se les ocurre a los sabios está anticuado...

(*Ella, que se ha apartado unos pasos, le mira con un poco de miedo*)

DIANA.—¡Un político! Pues nadie lo diría. Yo creía que la política era cosa de los grandes señores, como el señor de Gravelot...

VALENTÍN.—¡Pchs! (*Suficiente*) Eso era antes.

DIANA.—Y ¿para qué necesitas mi poder?

VALENTÍN.—(*Solemne*) ¡Para salvar al país!

DIANA.—¡Anda! Lo mismo que Gravelot.

VALENTÍN.—¡Señora! ¡Con vuestra influencia y mi programa, juntos los dos, salvaremos al país! ¡Nuestra alianza es un deber patriótico!

DIANA.—(*Sobrecogida*) ¿Tú crees?

VALENTÍN.—¡Sí, señora! El país va a la ruina si no le salvan las nuevas ideas... Todo está podrido. Dicen los filósofos que el espíritu de nuestra Corte influye en el extranjero. Y hasta se asegura que somos el cerebro de una civilización. Pero nadie dice que nuestra civilización es una civilización pervertida. Con el actual sistema político...

DIANA.—(*Entusiasmada*) ¡¡Bravo!! (*Aplaude*) ¡Qué bien hablas, Valentín!

VALENTÍN.—¿Os gusta?

DIANA.—¡Huy, si te oyera el señor de Gravelot!

VALENTÍN.—(*Cada vez con más ímpetu*) Con el actual sistema político, el país solo puede sentir orgullo de sus vicios. Esta es la horrible verdad. Y, ¿por qué? Porque todo lo gobierna la inmoralidad...

DIANA.—¡Bravo! Eso es lo que yo digo. ¡Sigue, Valentín!

VALENTÍN.—(*Complacido*) ¿Os parece que tengo bastante desenvoltura? ¿Verdad que sirvo para la política? Mi tío, el señor cura, que es mi maestro, dice que soy un predestinado... Él es el autor de mi programa político.

DIANA.—Y, ¿cuál es su programa?

VALENTÍN.—(*Solemne*) La moral.

DIANA.—¡Ah! La moral... (*Escéptica*) ¿Nada más?

VALENTÍN.—¡Señora! ¿Os parece poco?

DIANA.—(*Triste*) Es que la gente de aquí no quiere ni oír hablar de decencia, Valentín. Tú no los conoces. ¡Yo estoy más desesperada!...

VALENTÍN.—(*Con orgulloso brío*) ¡A mí me oirán! Y los convenceré. Cuando en la Corte sepan qué hermoso es gobernar con la moral, se quedarán encantados. Lo que pasa es que no lo han probado nunca...

DIANA.—¡Qué bonito es todo lo que dices!

*(Ella está sentada ahora en el canapé. Él se acerca y se desliza de rodillas a sus pies. Ella, muy cerca, le mira con ingenua ternura)*

VALENTÍN.—¡Yo venceré! ¡Os lo juro! Pero para llevar adelante mi política, os necesito a vos. Cuando en la aldea supimos que la nueva favorita era una campesina, presentí que estaríais a mi lado como uno de los nuestros. Y no me he equivocado. Sois como yo imaginaba. Señora, yo os pido vuestra ayuda. Señora, yo necesito de vos que me introduzcáis en la Corte...

DIANA.—(*Asustada*) Pero, hombre, Valentín, ¿te das cuenta de lo que me pides?

VALENTÍN.—¡Sí! ¡Quiero gritar la verdad en todos los rincones de Palacio! ¡Hablaré a los ministros! ¡Me oirá el mismo Rey!

DIANA.—(*Escandalizada*) Pero, hombre, ¿serías capaz de hablarle al Rey de moral? ¡Qué frescura!

VALENTÍN.—Si fuera solo, los centinelas de la guardia me arrojarían a puntapiés. Pero si voy a la Corte de vuestro brazo, me presentarán armas como a un noble. ¡Llevadme a la Corte, señora, os lo ruego! No puedo volver a la aldea fracasado. Allí todos confían en mí y rezan por mi triunfo...

DIANA.—¿Tanto lo deseas, Valentín?

VALENTÍN.—¡Con toda mi alma!

DIANA.—(*Alegremente*) Entonces... Vendrás conmigo a la Corte. Llevaremos la moral a Palacio.

VALENTÍN.—¡Oh, gracias, señora!

DIANA.—Vete pensando lo que quieres ser, ministro, gentilhombre, mariscal o sabio. A mí me da igual... Y al Rey también.

VALENTÍN.—¿Tanto podéis?

DIANA.—¿Qué habías creído? (*Se pone en pie muy erguida, alza un brazo y hace un gesto de cómica insolencia*) ¡El Poder soy yo!

*(Suelta una gran carcajada)*

VALENTÍN.—¡Oh, señora!

*(Ella le mira y deja de reír, pero aún tiene la sonrisa en los labios)*

DIANA.—Dime, Valentín: ¿eran lindas las muchachas de tu aldea?

VALENTÍN.—Quizá ninguna era tan linda como vos.

DIANA.—*(Con una involuntaria e irreprimible coquetería)* ¿De veras, Valentín?  
*(Una brusca transición. Enfadadísima consigo misma, le vuelve la espalda airadamente)* ¡Oh, bueno! Se acabó. Vete ya.

VALENTÍN.—¡Señora!

DIANA.—*(Furiosa)* ¡He dicho que te vayas! ¿Es que no me has oído? ¿Qué más necesitas pedirme? *(Valentín, un poco sorprendido y en silencio, marcha hacia el fondo. Ella, sin mirarle, cambia y susurra muy bajito:)* Adiós, Valentín. Mañana vendrás a recoger mis instrucciones. Iremos juntos a la fiesta del embajador...

VALENTÍN.—*(Sonríe)* A vuestras órdenes, señora.

*(Y desaparece por el jardín. Ella corre hasta la cristalera y le despide, agitando en el aire su pañuelo de encaje. Y surgen juntas, casi de puntillas, Marieta, Celia e Inés)*

INÉS.—¿Era un poeta?

CELIA.—¿Era un caballero?

MARIETA.—¿Era un príncipe?

DIANA.—No... Era un estudiante.

INÉS.—¡Qué romántico!

MARIETA.—¿Os ha hecho el amor?

DIANA.—*(Sonríe)* Un poco... Pero él no se ha dado cuenta.

*(Entra Lucía apresuradamente)*

LUCÍA.—Diana, Diana. Ha llegado un oficial de la guardia y trae para ti este pliego del Rey...

TODAS.— ¡Del Rey!

DIANA.—¡Un pliego del Rey! ¡Dámelo! *(Toma el pliego de manos de Lucía, lo desdobra y lee. Las demás la rodean)* «Yo, el Rey...» ¡Ay, aquí, aquí! «... en atención a los méritos que la adornan, y a propuesta del muy noble y sabio señor de Gravelot, vengo en nombrar a la señorita Diana de Lenoir Marquesa del Reino...»

TODAS.—*(Muy emocionadas)* ¡Marquesa!

LUCÍA.—¿Dice marquesa?

DIANA.—Sí, sí... Eso dice. «Dado en Palacio...Yo, el Rey». ¡Oh!

LUCÍA.—¡Hija mía! ¡Marquesa tú! ¡Marquesa mi niña!...

LAS DAMISELAS.—(*Alborozadas*) ¡Marquesa!

(*Marieta, Celia e Inés la rodean y le hacen grandes reverencias*)

MARIETA.—¡Señora marquesa!

LUCÍA.—¡Viva nuestra señora la marquesa de Lenoir!

TODAS.—¡Viva!

DIANA.—(*Deslumbrada*) ¡Dios mío, yo marquesa! ¡Qué bueno es Carlitos! ¡Yo, marquesa! Si no puedo creerlo. (*De pronto, una transición*) Oye, tía Lucía. Pero, ¿tú crees que esto es moral?

TELÓN

## ACTO II

A telón corrido se oye un fragmento musical de la época, ejecutado por una orquesta de violines y violoncelos. El Palacio Real. Una galería. Al fondo, entre dos grandes grupos de columnas, una anchísima entrada con grandes cortinajes, que, al descorrerse, descubrirán el gran salón. A los lados del cuerpo central del fondo, dos pequeñas terrazas simétricas, por las cuales, al fondo, detrás de las blancas balaustradas, se vislumbra el cielo, rico de estrellas, de una noche gozosa. De cuando en cuando, independientemente de la acción, en las dos terrazas surgen parejas de cortesanos.

*(Al levantarse el telón, sentada junto a la terraza de la izquierda, está la Duquesa. A su lado, Lisseta. Entra Angélica de la terraza y se une a ellas. La Duquesa es una gran dama, ya de cierta edad. Lisseta, algo más joven. Angélica es casi una muchacha)*

ANGÉLICA.—¡Ay! (*Suspira*) Nunca hubo tanta emoción en el pueblo ni en la Corte...  
¡Si supierais cuánta gente la espera junto a las rejas del jardín!...

DUQUESA.—Es asombroso. ¡Jamás en tantos años de Corte, vi nada parecido! Aquí en Palacio, todos llenos de curiosidad, y fuera, el pueblo, aglomerándose para ver llegar a la nueva favorita a la fiesta del Rey. ¡Y cuando aparezca su carroza la aplaudirán muchísimo más que si fuera la misma Reina!

LISSETA.—¡El pueblo es tan romántico! No olvidéis que en el amor del Rey, la Reina es la Constitución, y la favorita lo subversivo... El pueblo adora lo prohibido.

DUQUESA.—Lo que tiene el pueblo es una falta de vergüenza...

ANGÉLICA.—¡Ay! Pero, ¿qué es eso? ¿Van a encender antorchas?

DUQUESA.—(*Se estremece*) ¡Qué horror! ¡Antorchas para la favorita! ¡Qué poco pudor!

ANGÉLICA.—(*Ingenua*) Decid, Duquesa: ¿os recibieron con antorchas cuando vos fuisteis la amante del Rey?

DUQUESA.—(*Con gran dignidad*) Hija mía, cuando yo fui la amante del Rey era todo más decente...

LISSETA.—(*Inocente*) ¡Claro! ¡Han pasado tantos años!...

DUQUESA.—¿Qué decís, deslenguada?

LISSETA.—¡Duquesa!

DUQUESA.—Lo que ocurría entonces era que el Rey y yo llevábamos nuestro amor en secreto. (*Suspira*) Era un secreto que solo conocíamos el Rey, mi marido y yo...

LISSETA.—¡Qué conmovedora situación!

DUQUESA.—(*Sibilina*) Peor fue lo vuestro, querida Lisseta. Cuando fuisteis la favorita del Rey engañasteis a Su Majestad con todos los capitanes de la guardia. ¡Sois tan... apasionada!

LISSETA.—¡Duquesa! (*Indignadísima*) ¡Me obligaréis a perder el decoro!

DUQUESA.—¿Otra vez?

LISSETA.—¡¡Oh!!

DUQUESA.—¡Vos creéis que el decoro se pierde a diario!

LISSETA.—Me quejaré al Rey de vuestras insolencias.

DUQUESA.—¿Sí, eh? Quejaos. ¡Si supierais lo que Su Majestad dice de vos!... ¡No queráis saber!

LISSETA.—¿Ah, sí? (*Transición*) No me extraña. Así son los hombres. ¡Y el Rey es como todos!

DUQUESA.—(*Airadísima*) Bien podéis decirlo. ¡El Rey es un granuja!

(*Angélica rompe a llorar muy conmovida*)

ANGÉLICA.—¡El Rey es un golfo!

LISSETA.—¡Angélica!

DUQUESA.—Pero, hija mía. ¿Qué os ocurre?

ANGÉLICA.—¡Es que estoy celosa!

DUQUESA.—¡Oh!

LISSETA.—¡La pobre!

ANGÉLICA.—(*Dolorida*) ¿Os parece bonito el comportamiento que ha tenido Su Majestad conmigo? Dos meses de amor apasionado, y luego el abandono... ¡Oh!

DUQUESA.—(*Escéptica*) Bueno. Eso de que el Rey es un apasionado... ¡Tururú!

LISSETA.—(*Igual*) Es que esta Angélica tiene una imaginación...

ANGÉLICA.—(*Dolorida*) Y si aun me abandonase por una aristócrata como nosotras. Pero me deja por esa campesina, que nadie conoce y que esta noche presenta en la Corte. ¿No es para volverse loca?

(*Angélica llora. La Duquesa y Lisseta la acarician tiernamente*)

DUQUESA.—¡Pobrecita Angélica!

LISSETA.—Valor, Angélica. ¡Las tres hemos sufrido su ingratitud! (*Suspira*) Su Majestad es un frívolo.

DUQUESA.—(*Muy maternal*) Vamos, vamos. Después de todo, dos meses de amor con el Rey, no son para presumir. Eso no es más que un pequeño devaneo. Un amorío. (*Con orgullo*) ¡Lo mío duró cinco años!

LISSETA.—(*Sonríe, nostálgica*) ¡Lo mío, tres!

DUQUESA.—Yo actué en política... Impuse a los conservadores. (*Con legítimo orgullo*) ¡Realicé un plan de obras públicas! ¡Hice puentes y carreteras! (*Sonríe*) ¡El país no lo podrá olvidar!

LISSETA.—Mi gobierno fue progresista. Yo soy más liberal... ¡Protegí las Artes y las Letras! Me llamaban la reina de los artistas.

DUQUESA.—Angélica, hija mía, vuestro devaneo no pasará a la Historia. ¿Qué son dos meses en la vida del país?

ANGÉLICA.—(*Muy humillada*) Tenéis razón, Duquesa. No puedo darme tanta importancia como vosotras. (*Mohína*) Pero el caso es que yo..., yo me había hecho ilusiones.

LISSETA.—¡Oh!

DUQUESA.—¡Criatura!

*(Las tres damas salen a la terraza de la izquierda. Durante la escena que sigue, las tres hablan, cuchichean y miran lo que sucede allá detrás de los jardines. La galería está vacía. Música de baile en la orquesta de violines, muy suave, muy tenue, muy lejos. Y con mucho sigilo, surgen en la galería Diana e Inés. Diana viene asustadísima, mirando a todas partes con los ojos muy abiertos. Inés la lleva de la mano y tira de ella, porque Diana está decidida a escapar. Trajes de gran gala)*

INÉS.—¡Chiss! Entrad.

DIANA.—¿No nos ha visto nadie?

INÉS.—Creo que no. Vamos venid. ¿Estáis más tranquila?

DIANA.—(*Temblando*) ¡Quia! Yo quiero volver a mi pueblo...

*(Y se escapa. Inés la coge de una mano y la atrae con energía)*

INÉS.—¡Señora! ¿Vais a perder la serenidad en el último momento? ¿Olvidáis que esta noche se han abierto estos salones en honor vuestro? ¿No sabéis que este palacio es el centro de vuestro Poder?

DIANA.—¡Ay, mi dichoso Poder! Me hace pasar unos sustos. (*Sofoca un grito*)  
¡Inés!

INÉS.—¡Señora!

DIANA.—(*Señala la terraza*) ¡Ahí! ¡Ahí hay alguien!

INÉS.—(*Mira y vuelve*) La Duquesa, Lisseta y Angélica. Seguramente esperan la llegada de vuestra carroza para fisgar y criticar un poco.

DIANA.—(*Regocijadísima*) ¡Huy! Pues si supieran que hemos entrado por la puerta de las caballerías... ¡Vaya chasco!

*(En este momento sale de la terraza Lisseta, entre el Noble 1.º y el Noble 2.º Está furiosa. Los tres cruzan la galería sin ver a Diana y a Inés, que se han refugiado a escape allá en las columnas)*

LISSETA.—¡La odio! ¡La odio!

NOBLE 1.º.—¡Oh, mi querida Lisseta!

NOBLE 2.º.—Moderaos, por favor.

LISSETA.—¡He dicho que la odio!

DIANA.—(*Muy bajito*) ¡Ay, Inés, me parece que lo dice por mí!

INÉS.—¡Chiss!

LISSETA.—¡Y aún dicen que es bonita! ¡Pchss! En todo caso será una belleza campesina. Una rústica. Una de esas muchachas rollizas y coloradas...

NOBLE 1.º.—¡Claro!

DIANA.—(*Revolviéndose entre los brazos de Inés*) ¡Ay, Inés, que la voy a tirar del pelo!

INÉS.—(*Atterrada*) ¡Señora! Callaos.

LISSETA.—¡La bella salvaje!

DIANA.—¡Que la araña!

INÉS.—¡Quieta!

LISSETA.—(*Furiosísima*) ¡He dicho que la odio, y la odio! (*Transición*) Por cierto, ¿quién de vosotros dijo que me encuentra bonita?

NOBLE 1.º.—¡Oh!

*(Desaparecen Lisseta y los dos Nobles. Inés aún sujeta a Diana, que está tremolante de indignación)*

DIANA.—¡Te digo que me sueltes! Ya le voy a decir yo a esa pécora. Conque gorda y colorada. ¿Eh? Conque salvaje. La muy...

INÉS.—¡Señora marquesa, por favor! (*Suplicante*) ¡Que estáis en la Corte! ¿Comprendéis ahora qué peligroso resulta entrar por las caballerizas cuando



todos nos esperan por la puerta principal? Ha sido un inoportuno capricho vuestro.

DIANA.—(*Refunfuñando*) ¡No ha sido un capricho! Es que, como había tantísima gente esperando, me daba mucha vergüenza. Y lo de las antorchas me ha sacado de quicio... (*Rumores lejanos más allá de la terraza. Diana se estremece y se estrecha más contra Inés*) ¡Ay! ¿Qué es eso?

INÉS.—Vuestra carroza llega. ¡Es el pueblo que os aclama, señora!

DIANA.—¿A mí?

INÉS.—Aplauden a Marieta, que va en la carroza con el rostro tapado, pero creen que sois vos...

DIANA.—¡Huy! (*Transición*) Vámonos a casa, Inés.

INÉS.—(*La sujeta*) ¡No!

*(En la terraza de la izquierda, junto a la Duquesa y Lisseta, hay varios cortesanos, nobles y damas, que miran al jardín y aplauden)*

UNA DAMA.— ¡Ya llega!

NOBLE 3.º.—¡Miradla!

OTRA DAMA.—¡Ahí! ¡Ahí!

DUQUESA.—¡Ya baja de la carroza!

ANGÉLICA.—Pero no puedo verle la cara. Se tapa con un velo...

DIANA.—(*Sofocando la risa*) ¡Ay, Inés; no digas que ha estado mal dispuesto! Lo que se debe estar riendo Marieta...

*(Entran en la galería la Duquesa y Lisseta)*

DUQUESA.—¡Lisseta! Debemos ser las primeras en saludarla... Es lo político.

LISSETA.—¡Sí, sí! Corramos...

*(Un rumor de risas fuera. Surgen Marieta y Celia muy sofocadas)*

MARIETA.—¡Señora marquesa!

DIANA.—¡Marieta!

DUQUESA.—(*En vilo*) ¡Marieta! No era ella. Lisseta, me parece que estamos en ridículo.

*(Marieta, Celia e Inés rodean a Diana, y las cuatro están muy divertidas)*

MARIETA.—¡Ay, señora, si supierais! (*Se pavonea*) Todo el mundo me ha confundido con vos. Los estudiantes me han dicho lisonjas; las muchachas me han arrojado flores; me han rodeado con antorchas... (*Cómicamente triste*) Pero al descubrir mi rostro, el Gran Chambelán se ha desmayado... ¿No os parece poco galante?

(*Grandes risas entre Diana y sus damas. Diana hasta palmotea. La Duquesa, al otro lado, está indignadísima*)

DIANA.—¡Viva Marieta!

LAS DAMISELAS.—¡Viva!

MAESTRO.—¡Se ha burlado del protocolo!

LISSETA.—¡Qué horror!

DIANA.—(*Transición*) ¡Marieta! ¿Qué habéis hecho de Valentín?

MARIETA.—Pero si juraría que entró conmigo en el zaguán...

DIANA.—(*Muy asustada*) ¡Ay! Ya se ha perdido, como si lo viera.

MARIETA.—¡Ay, señora!

DIANA.—¡Ay, pobrecito mío, que él es muy tímido y no está acostumbrado a estas cosas! ¿Qué va a ser de él entre esta gente? ¡Búscalos, Marieta! Y vosotras también. (*Muy en secreto*) Pero, ¿no sabéis que él ha venido a Palacio para traer la moral? (*Dando pataditas en el suelo*) Vamos, ¿qué esperáis?

MARIETA.—¡Sí, sí, señora!

CELIA.—Como mandéis...

(*Marieta, Inés y Celia salen corriendo. Diana, al volverse, se encuentra cara a cara con la Duquesa y Lisseta, que se fueron acercando pasito a pasito, y la contemplan ahora muy risueñas. Viene una música de ballet cómico. Una brevísima escena muda. Diana, asustada, escapa de las dos damas y ellas la persiguen. Al fin, le cortan el paso, y queda Diana entre Lisseta y la Duquesa. Estas miran a Diana y se miran luego ellas, con un mohín de inteligencia. Le hacen también un gran cumplimiento*)

DUQUESA.—(*Tiernamente*) ¡Hija mía! Vuestra llegada a la Corte esta noche me recuerda tantas cosas que ya no volverán...

LISSETA.—¡Y a mí!

DIANA.—(*Asombrada*) ¿De veras? ¿Es que también vos sois de pueblo?

DUQUESA.—¡¡No!!

LISSETA.—¡Criatura!

DUQUESA.—No es eso... *(Mirando misteriosamente alrededor)* Lisseta y yo queremos ser vuestras amigas. Escuchad algunas advertencias que pueden seros muy útiles... *(Sigilosa)* Mucho cuidado con la Reina. A lo mejor es muy capaz de tomaros ojeriza...

DIANA.—¿Es posible?

LISSETA.—¡Huy! Es más quisquillosa...

DUQUESA.—Oíd. Lisseta y yo creemos que, si sois discreta, en el porvenir nuestros consejos pueden seros muy útiles...

LISSETA.—*(Pícaro)* ¿Quién como nosotras para aconsejaros?

DIANA.—*(Rotunda)* ¡Nadie!

DUQUESA.—Figuraos...

*(La Duquesa y Lisseta se miran entre sí y lanzan una risita. Lisseta hace un dengue de coquetería)*

LISSETA.—¿No adivináis por qué todavía? ¡Oh! En mi vida hay un pasado...

DIANA.—*(Jovial)* Bueno. Eso les pasa a muchas señoras de la Corte.

DUQUESA.—*(Con una tremenda dignidad)* ¡¡No!! ¡A muchas, no! En veinte años, cinco, incluyéndoos a vos...

DIANA.—¿Qué decís?

DUQUESA.—Pero, hija mía, ¿es que aún no habéis comprendido? Nosotras...

*(Se inclinan las dos hacia Diana y, al tiempo, le cuchichean algo en los oídos. Muy bajito, muy picaruelas. Diana se pone muy colorada y abre muchísimo los ojos y chilla)*

DIANA.—¡Ayyyyy! ¡Qué indecencia!

*(La Duquesa y Lisseta retroceden de un salto, espantadas)*

LISSETA.—¡Oh!

DUQUESA.—¿Qué dice esta insensata?

DIANA.—*(Ya en jarras)* Pero, ¡qué poca vergüenza!

*(Golpe final en la orquesta. Entran, con sus pasitos menudos y presurosos, Marieta, Celia e Inés)*

MARIETA.—¡Ay, señora! Valentín...

DIANA.—¿Qué?

MARIETA.—¡No queráis saber; no podéis imaginar!

CELIA.—¡Mirad!

INÉS.—¡Mirad!

*(Y aparece Valentín, muy peripuesto, de gran gala, entre dos Damiselas lindísimas, que se han colgado de sus brazos y se estrechan, mimosas, contra él)*

UNA DAMISELA.—¡Ay! ¡Qué amor!

OTRA DAMISELA.—¡Ay, Valentín!

DIANA.—*(Asustadísima)* ¡Valentín! ¿Qué es esto...?

VALENTÍN.—*(Muy ruborizado. Muy apurado)* ¡Señora! Esto es que les gusto a todas... ¡Yo no sé qué voy a hacer!

DIANA.—*(Furiosa)* ¡Ah, no! ¡Pues, eso no! *(Un grito)* ¡Soltadle! ¡Soltadle he dicho, desvergonzadas! ¿Qué habéis creído?

UNA DAMISELA.—¡Ay!

OTRA DAMISELA.—¡Es una fiera!

*(Las dos damitas han soltado a Valentín y se han refugiado, corriendo, en un rincón de la galería con Lisseta y la Duquesa. Las cuatro están asustadísimas. Diana tira de Valentín y tiene lágrimas en los ojos)*

DIANA.—Vámonos de aquí, Valentín. Esto no es para nosotros. Yo quiero volver a mi pueblo. ¿No me oyes? ¡Yo no quiero el Poder!

TODOS.—¡Oh!

VALENTÍN.—¡Señora!

*(Por el fondo surge Nicolás de Gravelot con el Gran Chambelán, dos criados y algunos nobles. Todos se inclinan con pleitesía ante Diana)*

GRAVELOT.—¡Señora marquesa de Lenoir! A vuestros pies. En nombre del Rey, sed bienvenida a su real morada. ¡El Rey, con toda su Corte, os espera!

*(A una señal del Gran Chambelán, los dos criados descorren los cortinajes de la entrada del fondo. Y surge allá, detrás de las columnas, el gran salón y su mundo, confuso y radiante, suntuoso, todo esplendor. Un mundo de cortesanos engalanados, de bujías*

*encendidas, de espejos que multiplican las columnas, las luces y las figuras. Han entrado por las terrazas algunos nobles que ahora están también en la galería, y todos giran hacia la derecha del salón del fondo en una enorme reverencia. Allí es el lugar en el que se supone están Sus Majestades. Solo Valentín y Diana, confusos, inmóviles, permanecen en pie, cogidos del brazo)*

DIANA.—(Sobrecogida. Casi sin voz) ¡Oh! ¡Qué hermosura!

GRAVELOT.—(Sonriendo) ¡Señor Chambelán! ¡Os ruego que anunciéis a Su Excelencia la señora marquesa de Lenoir!

*(El Gran Chambelán, solemne, tieso, en funciones, da un golpe en el suelo con su fabuloso bastón y anuncia, en medio de un gran silencio)*

CHAMBELÁN.—¡Su Excelencia la señora marquesa de Lenoir!

*(Todos, allá en el salón y aquí en la galería, se inclinan. Ella, como fascinada, despacio, muy despacio, se desprende de Valentín, y sin dejar de mirar fijamente hacia la derecha del fondo, avanza, entre dos filas de personajes que la reverencian. Así llega hasta el umbral. La orquesta inicia una pieza brillante, y Diana, después de hacer una reverencia de Corte, desaparece en el salón. La siguen Marieta, Celia e Inés; las tres hacen la misma reverencia. Pasan después la Duquesa, Lisseta, una damisela, otra damisela, los nobles y las damas. Al fin, el último, entra el Gran Chambelán. Los criados vuelven a correr los cortinajes. Quedan solos en la galería, frente a frente, Nicolás y Valentín. Se sigue oyendo la música, pero ahora muy lejos)*

GRAVELOT.—(Gentil) Vos, esperad. Os lo ruego. (Valentín se detiene cohibido. Un silencio) ¿Me reconocéis? (Sonríe) ¡Yo soy vuestro enemigo!

VALENTÍN.—(Se estremece suavemente) ¿Mi enemigo?

GRAVELOT.—Sí, muchacho. Vos venís a regenerar la Corte y yo soy el espíritu de la Corte. (Sonríe) ¡Yo, amigo mío, soy el espíritu de todo lo que odiáis! ¡«Voilà»! ¡El espíritu del mal os saluda! (En otro tono de generosa condescendencia) Tengo muy buenas noticias sobre vos. Comprenderéis, amigo mío, que para un primer ministro no pueden ser indiferentes las ambiciones políticas de un protegido de la favorita. Y, en verdad, que mis informes son excelentes. ¡Ah,

qué vida tan pura y tan limpia la vuestra! Dais envidia... ¡Y qué interesante ese viejecito virtuoso que os ha creado a su imagen y semejanza! (*Sonríe delicadamente*) Pero, he aquí que, al fin, ya estáis en Palacio. (*Con ironía*) ¡Ea, comenzad! Ya estáis frente al enemigo...

VALENTÍN.—(*Sin mirarle*) ¿Es que vos sois el diablo?

GRAVELOT.—(*Ríe*) ¡Quién sabe! A veces pienso que sí. De cualquier modo soy el más difícil enemigo que podéis tener... ¡Figuraos! Vos sois la ilusión y yo soy la inteligencia. Mi querido muchacho, ¿quién creéis que vencerá? (*Valentín va a contestar, pero se detiene y baja los ojos al suelo sobrecogido*) ¿Calláis? Bien. Ya sé, ya sé que sois tímido. (*Mundano*) Así era yo. La timidez es el gran truco de los ambiciosos. (*Le mira atentamente y sonríe*) Decid, Valentín. ¿Vais a asesinar al Rey?

VALENTÍN.—(*Se asusta*) ¡No! ¡No, señor! (*Dignamente*) No está en mi programa...

GRAVELOT.—¡Magnífico! Entonces, ¿podéis decirme, de enemigo a enemigo, qué armas usaréis?

VALENTÍN.—(*Heroicamente*) ¡Hablaré!

GRAVELOT.—(*Irónicamente*) ¡Ah! ¡La elocuencia!... Política clásica. Sois de mi escuela. Eso me gusta. ¿Y qué diréis?

VALENTÍN.—¡Hay tantas cosas que decir! (*Da tímidamente un paso hacia él*) ¡Señor! Esta noche son huéspedes de Palacio, entre una Corte de aristócratas, los mejores ingenios del país. ¡Los príncipes de la sabiduría! ¡Los que con vos han creado ese espíritu universal que tanto nos envidian las Cortes del extranjero! Pues ellos, que lo saben todo, es posible que no supieran responder a una sencilla pregunta. ¿Qué es la virtud? La virtud es alegre, tan alegre como una moza bonita que canta en un prado. Nuestros sabios, señor, creen que la virtud es cosa de monjas. Ellos van detrás del placer y toda su filosofía no ha descubierto aún que el placer tiene una tristeza amarga y sucia. ¡Una tristeza de remordimiento! Todo eso diré, señor; cosas que entienden los niños y no conocen los sabios...

GRAVELOT.—¡Soberbio!

VALENTÍN.—(*Muy contento*) ¿Os gusta?

GRAVELOT.—¡Qué ideas! ¡Qué lírico estilo!

VALENTÍN.—(*Muy ilusionado*) Todavía estoy empezando, pero cuando me suelte...

GRAVELOT.—Tenéis grandes condiciones. (*Suspira*) Así empecé yo...

VALENTÍN.—(*Cejijunto*) ¿Os burláis?

GRAVELOT.—¡No! (*Le vuelve la espalda. Y pasea un poco. Luego se encara nuevamente con el mozo*) ¡Valentín! Pienso, como vos, en esas gentes ilustres que esta noche llenan los salones de Palacio. Los conozco mejor que vos,

amigo mío. Entre ellos están los fanáticos de la Monarquía que odian al Rey. Mis discípulos, que me atacan con mis propias doctrinas, y esperan mi caída para encaramarse a mi puesto. Sé qué noble tiene amores con la mujer de su más fiel amigo, que, naturalmente, está en el secreto. Y sé qué dama horrible acecha a un mozo de la Guardia Real. *(De pronto)* ¡¡Miradlos!!

*(Con un gesto nervioso, descorre de nuevo los cortinajes del fondo. Y surge otra vez el gran salón. Damas y caballeros, ordenados por parejas, bailan rítmicamente un minué. La música de violines se oye más cerca. Las luces fascinan. Todo es armonioso y deslumbrante. Valentín retrocede, impresionado)*

VALENTÍN.—¡Oh!

GRAVELOT.—¿Los veis? ¿Oís esa música? ¡Qué hermoso espectáculo! Es bello como la misma vida. ¿Se puede creer que entre tanta belleza se esconda tanta miseria? Miradlos, uno a uno, si podéis, Valentín. ¿No es muy difícil adivinar lo que hay detrás de cada sonrisa? ¡Pensad en lo peor! Unos son ambiciosos. Otros son traidores. Otros han perdido el honor... *(Su voz ha ido adquiriendo violencia)* Pero, ¿sabéis lo que representa ese grupo de gentes que baila ante nosotros? ¡Esas gentes, Valentín, representan la Humanidad! ¡Toda la Humanidad! No es una Corte lo que tenéis ahora ante vuestros ojos, sino la vida, con su armonía y su mentira; todos los hombres de la tierra. *(Con airado desdén)* Yo he triunfado sobre ellos porque los conocí a tiempo y los he aceptado como son. ¡Y vos, iluso, queréis reformar al hombre, desviar a la Humanidad de sus rutas eternas, con la ciencia que os ha enseñado un cura de aldea! ¡Y vos habéis venido a Palacio, para hablar de amor y virtud a una Humanidad que solo se siente unida por lo que odia, no por lo que ama! ¡Pobre muchacho! ¡Pobre loco estúpido!

*(Valentín se yergue con los puños apretados. Y ronco)*

VALENTÍN.—¡Cobarde!

GRAVELOT.—*(Se revuelve pálido)* ¿Qué?

VALENTÍN.—¡Cobarde, he dicho! Esa es toda vuestra ciencia. Esa es la sabiduría del gran filósofo Nicolás de Gravelot. ¡La cobardía! Os encontrasteis con una Humanidad malvada y dormida y, en vez de agitarla en nombre de Dios, preferisteis alzaros sobre ella haciéndoos la ilusión de que Dios no existe. ¡Triunfasteis, pero vuestro triunfo es la cobardía! Y gobernáis para

protegerlos. Y os llaman sabio porque vuestra cínica inteligencia justifica los pecados de ese mundo frívolo y desvergonzado.

GRAVELOT.—¡Callad!

VALENTÍN.—¡Pero yo no me rindo! Yo voy a luchar. Diana tiene más poder que vos mismo. Y ella está de mi parte...

GRAVELOT.—(*Ronco*) ¡Callad! Os lo mando.

*(Un silencio. Valentín, solo, en primer término, se seca el sudor y mira hacia él a hurtadillas)*

VALENTÍN.—Señor de Gravelot. Perdonad mi intemperancia. Reconozco que he estado un poco violento. Es que tengo un genio. Ya lo dice mi tío...

*(Otro silencio. Gravelot le observa desde lejos. A Valentín le pone nerviosísimo la mirada de Gravelot)*

GRAVELOT.—¡Valentín!

VALENTÍN.—¡Señor!

GRAVELOT.—¿Diana y vos os amáis?

VALENTÍN.—(*Muy ruborizado*) Quia, no señor. Diana es muy decente. Y yo también. Lo que sucede es que Diana me ha tomado mucha simpatía porque los dos somos de pueblo...

GRAVELOT.—(*Un silencio*) ¿Conocéis a las mujeres, Valentín?

VALENTÍN.—(*Ruborizado*) ¡Je! Pues..., no mucho, la verdad. Como mi tío es tan severo... No he podido... ¿Comprendéis?

GRAVELOT.—¿Qué haréis si un día os falta la ayuda de Diana?

VALENTÍN.—¡Oh, eso no ocurrirá nunca! (*Tiernamente*) Diana es de los nuestros. Todavía no sabe que ser la favorita del Rey es un pecado. Piensa que es un honor que no mancha. Y la pobre se asusta muchísimo de la inmoralidad de los demás, sin descubrir su propia inmoralidad. Todavía no ha pecado, porque ignora. Así es de inocente. (*Con ternura*) ¡Claro que es una fierecilla! Debe estar armando un jaleo ahí dentro...

GRAVELOT.—Pero, ¿olvidáis que la fierecilla tiene un alma y puede despertar? ¡Y es tan maravilloso despertar a la luz de esos candelabros! La Corte tiene una luz mágica. Cuando esos candelabros se encienden, dejan ciegos a los que están cerca. Mirad bien, Valentín. ¡Todo eso es tan hermoso!

VALENTÍN.—(*Clava los ojos en el salón. Muy confuso*) ¿Qué queréis decir, señor?

GRAVELOT.—¡Mirad! Esta noche entra Diana en una nueva vida que hasta hoy ni siquiera se hubiera atrevido a soñar. Ya conoce el halago, las sonrisas, la



lisonja que hace dulce la vida. Ahora, seguramente, ya ha descubierto que ser la amante del Rey es un pecado, pero sabe también que ese pecado es un pecado prodigioso que la convierte en la primera mujer del reino. Ahora tiene todo aquello por lo que realmente luchan los seres humanos: el poderío, el triunfo, la riqueza, la pleitesía de los demás. Y Diana es un ser humano, Valentín. Una pobre muchacha que vive un sueño entre cien nobles que se disputan su mano para bailar un minué. ¿Y creéis, Valentín, que todo eso se puede resistir fácilmente?

VALENTÍN.—(*Con angustia*) ¡No!! ¡No podrán con ella! Diana es fuerte. ¡Resistirá! Yo lo sé.

GRAVELOT.—¡Callad! ¿No veis?

*(Los dos están en primer término, vueltos hacia el gran salón del fondo. Allí hace unos instantes ha terminado el minué. Y ahora se ve cómo Diana, rodeada de numerosas personas, entre las que están la Duquesa, Lisseta, Angélica, Inés, Marieta, Celia, damas y nobles, corresponde al homenaje que la tributan. En el rostro de Diana hay una brillante emoción. Todos se inclinan ante ella. Ella tiende la mano a los hombres y saluda graciosamente a las mujeres)*

DIANA.—Querido amigo. Os aseguro que me complace mucho vuestra amistad.

NOBLE 1.º.—¡Dios os guarde, señora!

DUQUESA.—¡Señora!

DIANA.—(*Risueña*) Os suplico, Duquesa, que me tratéis con más familiaridad...

DUQUESA.—(*Muy alegre*) ¡Hija mía!

DIANA.—¡Así! (*En voz muy baja*) Lisseta, creo que en el porvenir me serán preciosos vuestros consejos.

LISSETA.—¡Oh, señora! Soy vuestra mejor amiga.

DIANA.—Angélica, querida. Espero el honor de recibiros pronto en mi casa...

ANGÉLICA.—(*Gran reverencia*) ¡Oh, mi señora!

NOBLE 2.º.—¡Marquesa!

DIANA.—Amigo mío, sois muy gentil.

VALENTÍN.—(*Desesperado*) ¡No es ella! ¡No es mi Diana!

GRAVELOT.—(*Sonríe*) La vuestra, no. La mía, sí.

*(Diana escapa del salón, rodeada por Marieta, Celia e Inés, y se refugia en la galería. Se apoya en una columna y respira, con infinito y dichoso cansancio)*

MARIETA.—¿Estáis contenta, señora?

DIANA.—(*Tapándose los ojos como si estuviera ciega*) ¡Esto es un sueño!

CELIA.—¡Qué triunfo el vuestro!

INÉS.—¿Quién igualará ahora vuestro Poder?

DIANA.—¡Sí! ¿Quién igualará ahora mi Poder?

VALENTÍN.—¡Diana! Soy yo, Valentín.

GRAVELOT.—¡Señora! El gobierno os saluda.

DIANA.—¡Mi querido Nicolás! (*La orquesta ataca otro baile*) Llevadme otra vez al salón. Este baile es para vos.

GRAVELOT.—(*Gentil*) Soy el caballero más afortunado...

*(Entra en el salón con las damiselas. La Corte baila otra vez. Diana y Gravelot, en primera fila, evolucionan entre sonrisas. Ha quedado en la galería solo, abandonado, Valentín. Con una infinita melancolía se deja caer en un sillón, junto a la terraza de la izquierda. Esconde la cabeza entre las manos, y un gemido se le escapa del pecho. Un rayo de luz viva, muy blanca, cae sobre él. Mientras, poco a poco, muy lentamente, va haciéndose el oscuro en el escenario. Cuando la oscuridad es absoluta, solo destaca entre las sombras la silueta iluminada de Valentín. No se interrumpe la música, y, de nuevo, tan despacio como desapareció vuelve la luz. Pero en el salón ya no están las parejas de bailarines. Salvo Valentín, no hay nadie en la galería, ni en las terrazas, ni en el salón. La orquesta trueca el ritmo del baile por una música burlesca, jocunda, irónica, muy suave. Y, de pronto, de distintos rincones del salón del fondo, surgen tres diminutos personajes. Son tres niños, tres pajes de palacio: Antolín, Dominico y Cándido. Al compás de la música, con pequeños pasitos de duendecillos, comienzan a apagar algunas bujías de los candelabros. De pronto, uno de ellos, Antolín, descubre a Valentín y llama sigilosamente a sus camaradas)*

ANTOLÍN.—¡Chiss! Mirad.

CÁNDIDO.—¿Quién es?

DOMINICO.—No le conozco. Es nuevo.

*(Los tres avanzan de puntillas, al unísono, hasta Valentín y le hacen una gran reverencia)*

ANTOLÍN.—¡Señor! La fiesta ha terminado.

VALENTÍN.—(*Los mira como si despertara*) ¿Quiénes sois vosotros?

ANTOLÍN.—Somos pajes de Palacio, señor. ¡Yo soy Antolín!

CÁNDIDO.—¡Yo soy Cándido!

DOMINICO.—¡Yo soy Dominico!

ANTOLÍN.—¿De dónde habéis venido, señor?

VALENTÍN.—Yo... Yo vengo de otro mundo, Antolín.

ANTOLÍN.—¿Y queréis ser noble o sabio, señor?

DOMINICO.—Siempre que se viene a la Corte es porque se quiere ser algo. Noble o sabio, o lo que más os guste.

CÁNDIDO.—Mi padre dice que uno no puede ser nada en la vida si no está en la Corte. Por eso me han traído a mí desde pequeñito, para que sea un hombre grande.

ANTOLÍN.—¡Y a mí!

DOMINICO.—¡Y a mí!

VALENTÍN.—¡Ah! Y, ¿qué queréis ser vosotros?

ANTOLÍN.—Yo, gentilhombre, porque me gusta Palacio.

CÁNDIDO.—Yo, almirante, porque me gusta el mar.

DOMINICO.—Yo, mariscal, porque me gusta la guerra.

VALENTÍN.—(*Los mira y sonrío*) El gentilhombre Antolín, el mariscal Dominico, el almirante Cándido. ¡Sí! Será muy bonito...

ANTOLÍN.—¿Y vos, señor?

VALENTÍN.—(*Con angustia*) Yo... Yo quisiera llorar.

ANTOLÍN.—¿Qué decís, señor? (*Se vuelve a sus compañeros y cuchichean los tres*) Este señor es muy raro.

CÁNDIDO.—¡Muy raro!

DOMINICO.—No, hombre. Es que es nuevo...

(*En el salón del fondo aparece Diana llamando, muy bajito*)

DIANA.—¡Chiss! Valentín... ¿Dónde estás?

ANTOLÍN.—¡La favorita!

(*Los tres niños se separan de Valentín, y con sus pequeños pasitos gnómicos pasan al salón, hacen en línea una gran reverencia a Diana y desaparecen. Calla la orquesta. Valentín está inmóvil*)

DIANA.—¡Valentín! ¿Qué haces aquí solo? ¿No sabes que la fiesta ha terminado? Carlitos se ha retirado ¡El pobrecillo tenía sueño! La Reina dice que es un

dormilón. (*Ríe*) ¡Pobre Carlitos! Oye, ¿sabes que la Reina es muy simpática? Me parece que le he caído en gracia. Dice que me va a hacer confidencias. Bueno, también me ha preguntado si estoy enamorada de ti... Qué cosas ¿verdad? (*Se sienta a su lado, apoya la cabeza en su hombro*) Estoy rendida. También he bebido un poco y me parece que todo me da vueltas... (*Dulcemente*) Valentín, tengo que contarte muchas cosas. Resulta que me gusta muchísimo la Corte. ¿Sabes? Es... Está muy bien la Corte, Valentín. Y si supieras cuánto he aprendido esta noche. (*Se aprieta dulcemente contra él*) Te aseguro que tú, a mi lado siempre, serás lo que yo quiera.

VALENTÍN.—(*Estremeciéndose*) ¡Suéltame!

DIANA.—¡Valentín!

VALENTÍN.—Mírame, Diana.

DIANA.—(*Muy contenta*) ¡Claro que sí! Me gusta mucho mirarte a los ojos. ¡Tienes unos ojos muy bonitos, Valentín!

VALENTÍN.—¡Calla! ¿Qué has aprendido esta noche?

(*Un tenue silencio. Diana baja los ojos y habla muy bajo*)

DIANA.—Todo. Hasta hoy he sido una pobre chica que no se daba cuenta de nada... Ya ves.

VALENTÍN.—Y, ¿qué piensas hacer?

DIANA.—(*Otro silencio*) Nada. Me gusta todo esto... Es muy hermoso. (*Transición*) Vámonos, Valentín. Es tarde. Mi carroza nos espera.

VALENTÍN.—Vete tú sola.

DIANA.—¿Qué dices?

VALENTÍN.—¡Dejadme! Os lo suplico. Esta noche ya no puedo subir a vuestra carroza...

DIANA.—¡Toma! ¿Es que te has vuelto loco? (*Estupefacta, le zarandea de un hombro, suavemente*) ¿Por qué no puedes subir en mi carroza?

VALENTÍN.—¡Porque esta noche soy vuestro enemigo!

DIANA.—¿Mi enemigo?

VALENTÍN.—¡Sí!

DIANA.—¡Tú, mi enemigo! (*Con ira*) Y, ¿quién eres tú?

VALENTÍN.—¡Señora!

(*Ella retrocede y le mira de arriba abajo con cólera*)

DIANA.—¿Quién eres tú, pobre diablo, estudiante de mala muerte, mozo de aldea?  
¿Quién eres tú para hablarme a mí así? (*Con infinita soberbia*) ¿Es que no sabéis quién soy?

VALENTÍN.—(*Con amargura*) ¡Sí! Sois un ser humano. Y yo os creía un ángel.

DIANA.—(*Loca de furia*) Pero, ¿es que olvidas que estás hablando con la mujer que es deseada por un Rey? ¿Has olvidado que yo soy el Poder? ¡Todo el Poder!

VALENTÍN.—¡Oh, Diana!

DIANA.—(*Frenética*) ¡¡Ponte en pie!! ¡Estás delante de la marquesa de Lenoir!  
(*Valentín se levanta en silencio y le hace una gran reverencia. Ella, viéndole inclinado a sus pies, le escupe las palabras, con los ojos brillantes de furia*)  
¡Conque mi enemigo! ¡Te juro que te acordarás de mí!

(*Se separa airadamente. Corre. Y sale. Un segundo antes, a tiempo de oír la última frase, ha surgido en el salón Nicolás de Gravelot. Entra muy despacio. Se dirige a Valentín y le da unos suaves golpecitos en el hombro*)

GRAVELOT.—¿Y bien?

VALENTÍN.—(*Un sollozo*) ¡Miserables! ¿Qué han hecho de ella?

GRAVELOT.—¡La han encantado!

VALENTÍN.—¡Mi pobre fierecilla!

GRAVELOT.—(*Suspira*) La Corte es una gran encantadora de fierecillas. Es como la misma Humanidad, que se alimenta de rebeldes fracasados.

(*Valentín se vuelve y le mira con un odio terrible*)

VALENTÍN.—¿Para qué habéis venido? ¿Queréis que os felicite por vuestro triunfo?  
Pues sí. ¡Habéis ganado, señor! Ha vencido sobre Diana el espíritu de la Corte. ¡Vuestro espíritu de la Corte! ¡Vuestro espíritu! ¡Bien podéis estar contento! ¡Ahora, sí, estoy seguro de que sois el mismo diablo!

(*Un silencio*)

GRAVELOT.—Valentín, lo siento muchísimo.

VALENTÍN.—¿Vos?

GRAVELOT.—Sí, soy un sentimental terrible. Y como buen cínico, soy un enemigo leal. (*Suspira hondamente*) ¿Qué queréis? Os he tomado afecto.

VALENTÍN.—¿Vos a mí?

GRAVELOT.—Sí. En vos he descubierto esta noche algo muy mío... Mi propia mocedad. (*Sonríe*) No olvidéis, querido, que el diablo fue primero ángel. Yo también llegué un día a la Corte dispuesto, como vos, a regenerar el mundo, en nombre de los más nobles ideales. Yo también quería hablar a los hombres de amor y de moral. Reconozco que entonces aun no los conocía. Pero tardé poco en dejarme deslumbrar por los candelabros de la Corte... Entonces murió un poeta y surgió el filósofo Nicolás de Gravelot. Pero esta noche, cuando me lanzabais a la cara vuestros improperios, he sentido que algo se agitaba dentro de mí. Era que algo muy dormido en mi conciencia, la sombra de aquel mozo puritano que fui un día, estaba a vuestro lado, y de buena gana lo hubiera gritado con vos...

VALENTÍN.—¿Es eso cierto, señor?

GRAVELOT.—Sí, amigo mío. Pero fue solo un instante; no os hagáis ilusiones. Quizá fue una pura emoción artística. Estabais tan arrogante llamando cobarde al hombre que con una seña os hubiera encerrado en el torreón de un castillo... Pero, ¿sabéis qué idea cruzaba entonces por la mente de Nicolás de Gravelot? Yo, el primer ministro de Su Majestad, el hombre más poderoso del Reino, al oíros me preguntaba a mí mismo cuál hubiera sido mi destino si, en vez de ceder al encantamiento de la Corte, hubiera seguido siendo aquel mozo que fui, el hombre puro que vos sois ahora. ¿Qué hubiera sido mejor: lo que soy o lo que pude ser? Creo que esta pregunta se la hacen todos los hombres una vez en la vida... Y he sentido un enorme deseo de saber. Y he resuelto que el destino os ha enviado a vos para que yo lo sepa.

VALENTÍN.—¿Qué estáis pensando, señor? ¿Qué vais a hacer?

*(Gravelot, muy sonriente, saca un pliego del bolsillo de su casaca y se lo tiende a Valentín)*

GRAVELOT.—¡Tomad!

VALENTÍN.—¿Qué me dais?

GRAVELOT.—Es un nombramiento de ministro a favor vuestro, firmado por Su Majestad. Guardadlo.

VALENTÍN.—(*Emocionadísimo*) ¡Ministro yo!

GRAVELOT.—¡Vos, ministro!

*(Sonríe)*

VALENTÍN.—(*Atónito*) ¿Es que vos estáis conmigo?

GRAVELOT.—(*Huraño*) ¿Qué decís? ¡Yo soy vuestro más ferviente enemigo! ¿Es que todavía no me conocéis? Quiero, sencillamente, saber si he equivocado mi vida. Quiero averiguar hasta dónde puede llegar un hombre tan puro como vos. Es una curiosidad de viejo pervertido...

VALENTÍN.—(*Con tímido desafío*) ¿No os da miedo pensar que puedo destruir todo lo que habéis creado?

GRAVELOT.—(*Le mira, pensativo*) Quizá... Pero la prueba es tan interesante... Ya os he dicho que soy un cínico. Y no me pesa. El cinismo es una virtud de la inteligencia. (*Se vuelve y, muy gentil, saluda*) ¡Buenas noches, señor ministro!

VALENTÍN.—¡Buenas noches, señor!

*(Sale Gravelot. Inmediatamente, de un ángulo, salen los tres pajecillos, que rodean a Valentín, se cogen de la mano y juegan al corro en torno suyo)*

ANTOLÍN.—¡Ministro!

CÁNDIDO.—¡Ministro!

DOMINICO.—¡Ministro!

ANTOLÍN.—¡Viva el señor ministro!

LOS TRES.—¡Viva! ¡Viva!

*(En el salón del fondo ha penetrado un rarísimo personaje. Es un individuo rechoncho, regordete, que anda con gran parsimonia. Va en zapatillas, lleva un largísimo batín y se toca con un puntiagudo gorro de dormir. Lleva una vela en una palmatoria y canturrea inocentemente. Vaga por el salón, y cada vez que pasa ante una bujía todavía encendida, sopla y la apaga con verdadera fruición. Los tres niños, al verle, muy enfadados, suspenden su alegre juego)*

ANTOLÍN.—¡Oh! ¡Ya está ahí!

CÁNDIDO.—¡Apagando velas, como todas las noches!

DOMINICO.—¡Tiene una manía!

VALENTÍN.—Pero, ¿quién es?

LOS TRES.—¡El Rey!

*(Los tres pajecillos, de un salto desaparecen. Valentín, observa asombradísimo las andanzas del Rey. Allá, en el salón, Su*

*Majestad sigue creyéndose solo y canturrea en el mejor de los mundos. Al fin, sin dejar su canturreo, con gesto apacible, de hombre absolutamente feliz, entra en la galería, ve la sombra de Valentín, se pega un susto morrocotudo y le mete la palmatoria en la cara)*

EL REY.—¡Hola! ¿Quién anda ahí? ¿Eh? ¿Quién eres tú? ¿Eh? ¿Qué demonios haces en Palacio a estas horas? No te conozco.

VALENTÍN.—¡Señor! Soy un ministro de Su Majestad.

EL REY.—(*Muy enfadado*) ¿Eh? ¿Ministro tú?

VALENTÍN.—¡Sí, señor!

EL REY.—¡Un cuerno!

VALENTÍN.—¡Señor!

EL REY.—(*Ofendidísimo*) ¡Pero, hombre! ¿Es que aquí todo el mundo puede ser ministro sin que yo me entere? Pero, ¿es que se os ha olvidado que yo soy el Rey absoluto? ¡He dicho que no, ea! ¡A la calle!

VALENTÍN.—(*Humildemente*) ¡Su Majestad firmó mi nombramiento esta tarde!...

EL REY.—¿Cómo? ¡Ay! (*Furioso*) ¡Esto es otra jugarreta de ese granuja de Gravelot! Me pone a firmar papeles, papeles y papeles, y, claro, no me entero. ¡Qué sinvergüenza! (*Suspira y le mira resignadamente*) ¿Eres amigo de Gravelot?

VALENTÍN.—¡Soy su enemigo, señor!

EL REY.—¡Hola! ¡Eso me gusta! Estoy hasta la coronilla de Gravelot. (*Suspira*) Pero ten mucho cuidado, hijo. Es el amo. A mí me tiene frito. (*Transición*) Bueno. Estoy muy contento de haberte nombrado ministro. Es una medida patriótica. Reconozco que, de vez en cuando, tengo buenas ideas... Y perdona mi mal genio, ¿eh? Me asusté al verte, porque me advirtieron que tenga cuidado. (*En secreto*) ¿No lo sabes? Esta noche en la fiesta hubo un revolucionario...

VALENTÍN.—(*Sencillamente*) Era yo, señor.

*(El Rey pega un respingo y se esconde detrás del sillón)*

EL REY.—¡Cuerno! ¡Eras tú! Entonces, ¿me vas a asesinar? ¡Socorro! (*Despavorido*) ¡A mí la guardia! ¡A mí los leales! ¡Ah de Palacio!

VALENTÍN.—¡Señor!

EL REY.—(*Aterrado*) ¡¡Socorro!! ¡La guardia!

VALENTÍN.—¡Señor! Yo no soy un asesino. ¡Yo quiero hacer una revolución moral!

EL REY.—(*Transición. Boquiabierto*) ¡Ah, la moral! Pues mira, de eso no me ha hablado nadie...



VALENTÍN.—Lo sé, señor.

EL REY.—*(Puesto en jarras)* Por cierto: ¿tú crees que hay derecho a que un Rey absoluto, como yo, pegue dos voces llamando a la guardia y no se presente ni un cabo? ¿Dónde estará esa partida de gandules?

VALENTÍN.—Tranquilícese Su Majestad...

EL REY.—¡Berrr!... ¡Te digo que estoy más harto!... ¿De manera que vienes a implantar la moral? Pues ya ves, eso está muy bien. Me gusta.

VALENTÍN.—*(Contento)* ¿De veras, señor?

EL REY.—Como lo oyes. *(Bondadosamente)* Pero, hijo mío, si estoy deseando que seamos todos más decentes. Si es que así no se puede vivir, hombre. ¡Si esto es una vergüenza! ¡Si yo te contara las cosas que pasan en Palacio! ¡Huy! Pero todo es inútil. *(Muy enfadado)* Resulta que como yo soy un tirano, todos hacen lo que les da la gana... Voy a tener que implantar la democracia, y ya verán lo que es bueno. *(Transición)* Oye.

VALENTÍN.—¡Señor!

EL REY.—¿No te dejarás engañar por Gravelot?

VALENTÍN.—¡No, Majestad! ¡Lo prometo!

EL REY.—Pues duro, hijo, duro con ellos. *(Bosteza)* ¡Berrr! A mí me aburre muchísimo la gobernación del país. No lo puedo remediar. Y no me hablan de otra cosa: que si la gobernación del país por arriba, que si la gobernación del país por abajo. Una lata. *(Bosteza escandalosamente)* ¡Berrr!... Vaya, muchacho. Buenas noches. Cuenta conmigo para eso de la moral. Estoy a tu lado. Me caigo de sueño. Siempre que hay fiestecita se me pone la cabeza como un tambor... ¡Berrr!...

*(Coge otra vez su palmatoria y marcha hacia el fondo, bostezando. Valentín le ve marchar en silencio. Surgen Antolín, Dominico y Cándido, los tres niños, que, de puntillas, marchan detrás del Rey. Uno le imita grotescamente los andares, otro sofoca la risa y el otro le burla con la mano en la nariz. Unos compases de música burlesca)*

TELÓN

## ACTO III

## CUADRO PRIMERO

Los violines, a telón corrido, suenan con una marcha muy bizarra. Salón de Consejos, en Palacio.

*(En primer término, en el centro, una enorme mesa alargada. El Rey, sentado en un riquísimo sillón de rojo y oro, preside. Lleva puesta la corona, se cubre con un gran manto y tiene el cetro en la mano. A su derecha, se sienta Gravelot. Luego, a un lado y a otro, los cinco Ministros, el bravo Mariscal y el Preceptor, en sus nuevas funciones de sabio y ministro. El Ministro 1.º está en pie, terminando su discurso. Todos se hallan bastante agitados, excepto Gravelot, que asiste al debate con gesto de indolente ausencia)*

MINISTRO 1.º.—*(En orador)* Y bien. Esto es todo. ¿Qué más puedo decir para que la clara inteligencia de nuestro Rey absoluto forme su juicio? Nada, absolutamente nada. ¡La guerra es necesaria! ¡Lo exige el honor del Rey!

MINISTRO 2.º.—¡A la guerra!

MINISTRO 3.º.—¡No! ¡A la guerra, no!

MINISTRO 4.º.—¡A la guerra!

MINISTRO 5.º.—¡No, no, no!

*(Todos hablan a la vez. Un escándalo. El Rey, indignadísimo, pega un puñetazo sobre la mesa)*

EL REY.—¡Orden! ¡Orden! *(Todos callan)* ¿Tú crees que debemos ir a la guerra con los prusianos?

MINISTRO 1.º.—Tal creo, Majestad.

UNOS.—¡Sí, sí!

OTROS.—¡No, no!

EL REY.—¡Orden! Que hable el ministro de la Guerra. ¡Tiene la palabra el bravo mariscal!

*(Se sienta el Ministro 1º y se levanta el bravo Mariscal)*

MARISCAL.—Con la venia de su Majestad... Yo creo que esto de la guerra es una barbaridad.

TODOS.—*(Rumores)* ¡¡Oh!!

MARISCAL.—Yo soy muy pacífico... La guerra me pone nervioso. La guerra lo destroza todo. Es una pena. Los bosques, los jardines, los museos... *(Suspira)* Pero sobre todo los jardines... En fin, señores, yo, el bravo mariscal, si hay guerra presento la dimisión. Es una cuestión de delicadeza. Yo soy muy sensible.

*(Rumores. Unos aplauden fervorosamente. Otros protestan. El bravo Mariscal, fatigadísimo, se sienta y se seca el sudor)*

TODOS.—¡¡Oh!!

MINISTRO 3.º.—¡Viva el bravo mariscal!

MINISTRO 1.º.—¡Un momento! Su Majestad, ¿es o no es un Rey absoluto?

EL REY.—*(Modestamente)* Hombre, yo creo que sí.

MINISTRO 1.º.—Entonces, haga Su Majestad lo que yo digo ¡A la guerra!

UNOS.—¡Bravo! ¡Muy bien!

OTROS.—¡No! ¡No!

*(Un escándalo. Todos gritan y manotean. El Rey está en pie, en jarras)*

EL REY.—¡Silencio! Le voy a dar a uno un sopapo...

PRECEPTOR.—¡Orden! ¡Orden! Cálmense sus excelencias...

EL REY.—*(Bajo a Gravelot)* Oye, tú, ¿Quién es ese?

GRAVELOT.—Es un sabio que protege la marquesa de Lenoir.

PRECEPTOR.—*(En orador)* Nosotros, los sabios...

MINISTRO 1.º.—*(Indignadísimo)* ¡¡Oh!! Pero, ¿de verdad cree su señoría que es un sabio?

PRECEPTOR.—¿Cómo? *(Furioso)* ¿Es que dudáis de mi sabiduría?

TODOS.—¡Oh! ¡Oh!

EL REY.—¡Silencio! Si le ha nombrado sabio la favorita, es sabio y muy sabio. Sigue, hijo. ¡Que tu sabiduría nos ilumine!

PRECEPTOR.—Con la venia de Su Majestad... Nosotros, los sabios, creemos que para la buena marcha de la gobernación del país...

EL REY.—*(Casi en un brinco)* ¡Alto!

TODOS.—¡Oh!

EL REY.—(*Con profunda amargura*) Se acabó. Pero, ¿es que a un Rey no se le puede hablar más que de la gobernación del país? ¿Eh?

MINISTRO 1.º.—(*Bajo*) Tiene muchísima razón...

MINISTRO 2.º.—Es que estos sabios son muy cargantes. Ya se sabe...

(*Todos miran al Preceptor con franco reproche. El pobre está avergonzado*)

PRECEPTOR.—¡Señor!... Yo... Yo siempre estoy de acuerdo con Su Majestad. (*De pronto. Frenético*) ¡Viva el Rey!

TODOS.—¡Viva!

(*Rumores. El Rey se sienta, muy ufano. Se alza la voz del Ministro 1.º*)

MINISTRO 1.º.—¡Señores ministros! ¿Vamos o no a la guerra con los prusianos?

UNOS.—¡Sí, sí!

OTROS.—¡No! ¡No!

GRAVELOT.—(*Rotundo*) ¡Silencio!

(*Todos, incluso El Rey, enmudecen y miran a Gravelot con muchísimo respeto*)

TODOS.—¡Oh!

MINISTRO 5.º.—¡Va a hablar Gravelot!

MINISTRO 1.º.—¡Callad!

MINISTRO 4.º.—Chiss...

GRAVELOT.—(*Solemne*) Su Majestad, el Rey absoluto, en uso de sus soberanas atribuciones, va a pronunciar su última palabra sobre este pleito con los prusianos... (*Todos se miran empequeñecidos. Un gran silencio. El Rey escucha atentísimo las palabras de Gravelot y dice que sí con la cabeza*) El Rey en estos momentos mide todas vuestras razones...

EL REY.—(*Convencido*) ¡Todas!

GRAVELOT.—Y su clarísima inteligencia nos ilumina una vez más...

EL REY.—(*Sencillamente*) Hombre, hago lo que puedo.

GRAVELOT.—¡Señores! El Rey no quiere la guerra...

TODOS.—(*Un rumor*) ¡Oh!

MARISCAL.—¡Gracias a Dios! Yo estaba en vilo...

GRAVELOT.—Pero, señores del gobierno, el Rey no rechaza la guerra por debilidad, o por esa vieja superstición de que la guerra es cruel e inhumana... No. Si fuera necesario, el Rey sería un héroe...

EL REY.—(*Asustado*) ¡Caray! Tanto como un héroe... Te diré.

TODOS.—¡Sí, sí! ¡Un héroe!

GRAVELOT.—¡La guerra no es más que un proceso inevitable de la Humanidad, y la Humanidad es siempre cruel, en la guerra y en la paz! ¡Señores ministros! ¿Para qué vamos a conquistar Prusia, si Prusia ya es nuestra?

TODOS.—(*Un rumor*) ¡Oh!

GRAVELOT.—(*Brillantemente*) Como es nuestra Baviera y Sajonia, como es nuestro todo un continente que vive bajo nuestra influencia. ¿Es que en las Cortes extranjeras nuestros embajadores no dictan al mundo el espíritu de nuestra Corte? ¿Es que la Humanidad no piensa ya con arreglo a nuestra filosofía? ¿Es que nuestra Corte no es el modelo que copian todas las Cortes de Europa?

*(Los Ministros se ponen en pie entusiasmados)*

MINISTRO 1.º.—¡Bravo!

MINISTRO 3.º.—¡Qué ingenio!

MINISTRO 2.º.—¡Qué elocuencia!

EL REY.—(*Modestamente*) Gracias. ¡Muchas gracias!

GRAVELOT.—¡Señores ministros! Dejad que el bravo mariscal enfunde su espada y cuide de nuestros jardines...

MARISCAL.—(*Entusiasmado*) ¡Bravo, bravísimo!

GRAVELOT.—¡En nuestra Corte, los guerreros cultivan las rosas, y los filósofos hacen la guerra imponiendo al mundo el espíritu de nuestra Corte!

TODOS.—(*Muy alborozados*) ¡Bravo! ¡Bravo!

*(Gran entusiasmo. El Consejo se pone en pie y aplaude)*

GRAVELOT.—¡Estas que habéis oído son las razones de nuestro monarca! ¡Una vez más su gran talento de gobernante nos lleva a la verdad! ¡Viva el Rey!

TODOS.—(*Con frenesí*) ¡Viva! ¡Viva el Rey!

*(Todos aclaman al Rey calurosamente, enardecidos. El Rey, emocionadísimo, se levanta)*

EL REY.—Mis queridos ministros... Estoy muy emocionado. Celebro que mis ideas os gusten. Yo soy un déspota, pero no me gusta hacer las cosas a la fuerza. Yo...

*(Entra el Gran Chambelán)*

CHAMBELÁN.—¡Señor!

EL REY.—*(Enfadado)* ¡A la porra! ¡Ya me han chafado el discurso!...

CHAMBELÁN.—¡El nuevo ministro espera la venia de Su Majestad!

EL REY.—¡Demonio! Se me olvidó que había nombrado un ministro nuevo...

*(Rumores de alarma entre los Ministros)*

MINISTRO 1.º.—¡Hola!

MINISTRO 2.º.—¿Qué dice?

MINISTRO 3.º.—¿Un nuevo ministro?

EL REY.—¡Que pase el señor ministro! *(Sale el Chambelán)* Ya veréis. Es un chico muy decente y muy moral...

TODOS.—¿Qué?

*(En el fondo, tímidamente, aparece Valentín. Lleva entre los brazos un inmenso montón de pliegos enrollados, cada uno atado con una cintita, que transporta con evidente riesgo de que se le derramen)*

VALENTÍN.—Con permiso de Su Majestad... ¿Se puede?

EL REY.—Adelante, muchacho. ¡Diablo! ¿Qué es eso?

VALENTÍN.—*(Muy ufano)* ¡Decretos!

TODOS.—*(Atónitos)* ¡Qué!

*(Valentín cruza el salón muy aprisa y arroja la brazada de pliegos sobre la mesa y los señala, muy ufano)*

VALENTÍN.—¡Muchos decretos! *(Se limpia el sudor y luego se abanica con el pañuelo)* ¡Uf, si supiera Su Majestad cómo he trabajado!... Una barbaridad. Claro que todavía faltan algunos, pero ya vendrán después... *(Con orgullo)* Cuando Su Majestad haya firmado estos decretos, el país se habrá transformado de arriba abajo. ¡La inmoralidad habrá desaparecido! Los vicios serán castigados. Y el espíritu de la Corte se habrá extinguido para siempre...

MINISTRO 1.º.—¡Cristo!

MINISTRO 2.º.—¿Qué dice este majadero?

MINISTRO 3.º.—¡Es un loco! ¡Un loco!

*(Un estupor enorme. Los Ministros y el Rey miran atónitos el pavoroso montón de legajos derramados sobre la mesa, y luego, consternados, se miran entre sí. Valentín está muy contento)*

EL REY.—*(Anonadado)* Oye, Valentín, ¿no crees que son demasiados decretos?

VALENTÍN.—¡Quia, no señor! Aún faltan muchísimos. Como en la Corte hay tan poca vergüenza.

TODOS.—¿Qué?

VALENTÍN.—*(Muy fino)* Véalos, véalos Su Majestad. Y sus excelencias también pueden verlos si gustan. Me parece que algunos me han salido muy bien.

*(El Rey y los Ministros se abalanzan sobre la mesa, y cada uno toma un pliego que desdobra y lee ávidamente. Durante unos segundos, hay en el aire un rumor general de lecturas entre labios. Cada uno, al leer, sufre un profundo susto)*

MINISTRO 1.º.—¡Demonio!

MINISTRO 2.º.—¡Hola!

MINISTRO 3.º.—¡Santo Dios!

MINISTRO 4.º.—¡Caramba!

PRECEPTOR.—*(Sofocando un grito)* ¡¡Ay!! Esto es el colmo. *(Angustiadísimo)* Este es un decreto que deja cesante al primer ministro, Gravelot.

TODOS.—¿Quéeee?...

MINISTRO 1.º.—¡Cuerno!

MINISTRO 2.º.—¡Cesante Gravelot!

MINISTRO 4.º.—*(Asustadísimo)* ¡Esto es un golpe de Estado!

VALENTÍN.—*(Con cierto apuro)* No he tenido más remedio. Él es el espíritu de la Corte. ¡Es el mismísimo diablo!

Todos.—¡Oh!

*(Todos miran a Gravelot con enorme consternación. Este, muy tranquilo, alza los ojos del pliego que leía)*

GRAVELOT.—Pero, señores, este otro decreto de nuestro colega Valentín, es muchísimo más interesante...

TODOS.—¿Qué?

*(Todos rodean a Gravelot, y este lee, risueño y solemne)*

GRAVELOT.—Oíd. «Artículo único: Queda prohibido el adulterio en todo el territorio nacional».

*(Un estremecimiento general)*

MINISTRO 1.º.—¡Qué horror!

MINISTRO 2.º.—¡Qué espanto!

MINISTRO 3.º.—¡Es intolerable!

MINISTRO 5.º.—¡Es monstruoso!

GRAVELOT.—¡Escuchad! *(Vuelve a leer)* «Los que contravengan este decreto, serán considerados como delincuentes y puestos en prisión».

TODOS.—*(Con espanto)* ¡¡No!!

GRAVELOT.—*(Risueño)* ¿Qué opinan sus excelencias? ¿Debe aprobarse el decreto de Valentín?

*(Un griterío. El Rey, como desde hace un rato nadie le hace caso, pasea muy preocupado con las manos a la espalda y silba)*

TODOS.—¡No! ¡No!

MINISTRO 1.º.—¡Fuera!

MINISTRO 2.º.—¡Jamás!

MINISTRO 3.º.—¡Nunca!

MINISTRO 1.º.—*(Estentóreo)* Pero, señores, ¿estamos o no en un país civilizado?

MINISTRO 2.º.—¡Caballeros! ¡Yo tengo una amante! *(Indignado)* ¡Voto contra ese decreto!

MINISTRO 1.º.—¡Y yo!

MINISTRO 2.º.—¡Y todos!

TODOS.—¡Fuera! ¡Fuera!

EL REY.—*(Silba)* ¡Huy, qué jaleo! Valentín, ¿no crees que has ido demasiado lejos? Ya verás cuando se entere la Reina...

VALENTÍN.—¡Señor! Mi tío, el señor cura, dice que el adulterio es la peor de todas las malas costumbres...

*(El Ministro 1.º, en actitud de iluminado, pega un puñetazo sobre la mesa)*



MINISTRO 1.º.—¡Caballeros!

TODOS.—¿Eh?

MINISTRO 1.º.—¡Ese decreto es anticonstitucional!

VALENTÍN.—¿Por qué señor?

MINISTRO 1.º.—(*Triunfante*) ¡Porque el Rey es adúltero!

*(Todos se alegran muchísimo del notable descubrimiento.  
El Rey pega un respingo. Todos los ministros le señalan,  
acusadoramente, con el dedo)*

TODOS.—¡Sí! ¡Adúltero! ¡Adúltero!

EL REY.—¡Alto! ¿Qué dice ese idiota? ¿Quién os ha dicho que al Rey le atañen los decretos? ¿Es que os olvidáis de que soy un tirano?

VALENTÍN.—(*Valerosamente*) ¿Qué decís, señor? Mi decreto está inspirado en la Ley de Dios. Y esa Ley es igual para todos los hombres...

EL REY.—(*Un brinco*) ¡Porras! ¿Quieres decir que debo abandonar a mi pequeña Diana? Quia, eso sí que no.

VALENTÍN.—Es lo moral, señor.

EL REY.—¿Qué moral ni qué historias? Pero, ¿no comprendes que un rey sin favorita, es un rey en ridículo? ¿Qué diría de mí el pueblo? ¿Qué pensaría de mí la Reina? ¿Olvidas que yo debo de velar por el prestigio del trono?

VALENTÍN.—¡Señor! Su Majestad prometió que me ayudaría.

EL REY.—Bueno. Yo prometí que te ayudaría, pero, la verdad, porque creí que yo no tenía nada que ver con la moral... ¿Entiendes? (*Transición*) Además, no me importa confesarlo... Yo siempre he tenido favoritas, por seguir la tradición, y para que mi mujer vea que soy un hombre interesante, pero esta vez estoy enamorado de mi pequeña Diana. (*Suspira*) Es tan salada. (*Suplicante, como un argumento*) Me llama Carlitos.

VALENTÍN.—¡Oh, por piedad! Oídmeme...

MINISTRO 1.º.—¡Fuera!

TODOS.—¡Fuera! ¡Fuera!

VALENTÍN.—(*Imponiéndose*) ¡Dejadme hablar! Yo no soy vuestro enemigo... ¡Yo quiero salvaros!

TODOS.—¡Oh! ¡Oh!

VALENTÍN.—¿Sabéis siquiera, vosotros, grandes hombres, lo que es el hombre? ¡El hombre es un ser que renuncia! ¡Solo avanzan los que retroceden ante el pecado! ¡El pecado es un fracaso del hombre!

TODOS.—¡Oh!

VALENTÍN.—¿Sabéis, acaso, lo que es la vida? ¡La vida del hombre es la conquista del castillo encantado de su conciencia! Y esa conquista es la salvación... Vosotros, en medio de esa perversa filosofía del placer que nos gobierna, aun no habéis descubierto el secreto de la vida. ¡La felicidad es burlarse del pecado! Yo os digo que el gozo de renunciar al placer es mil veces más placer que el propio placer. Mis decretos destruirán esta Corte maldita y levantarán una nueva Corte donde los hombres vayan con alegría a la conquista de su castillo encantado. Vosotros gritáis en nombre de vuestro derecho a pecar; yo os hablo en nombre de vuestro derecho a salvaros...

EL REY.—¡Basta!

VALENTÍN.—¡Señor!

EL REY.—(*Emocionadísimo*) ¡Qué bien hablas, hijo mío! Casi me has hecho llorar... Dime, Valentín, ¿todo eso es verdad?

*(Aparece en el fondo Diana. Viste de amazona. Lleva una fusta en la mano. Soberbia, erguida, resplandeciente de furia)*

DIANA.—¡No! ¡Ese hombre miente!

TODOS.—(*Un largo rumor*) Señora...

DIANA.—¡Ese hombre es mi enemigo!

TODOS.—(*Un gran revuelo*) ¿Qué?

DIANA.—¡Es mi enemigo! ¿Y sabéis por qué? ¡Porque está enamorado de mí!

TODOS.—¡¡Ah!! (*Gran revuelo*)

VALENTÍN.—¡Oh, no! (*Un sollozo*) Eso, no, Diana. ¡No!

DIANA.—¡¡Cállate!! ¡Yo digo la verdad! Mis damas de honor saben que ese hombre se ha ocultado muchos días entre los árboles de mi jardín. Le he despreciado y quiere vengarse. Toda su estúpida moral aldeana no es más que una farsa para derribarme de mi Poder...

*(Un escándalo. Todos gritan. Se vuelven hacia Valentín y le increpan)*

TODOS.—¡Oh! ¡Fuera! ¡Fuera!

MINISTRO 1.º.—¡Ah, miserable! ¡Era un conspirador!

EL REY.—(*Chillando*) ¡Ah, pillo! Conque me has engañado. Conque estás enamorado de ella, ¿eh? ¡Ah, bandido!

VALENTÍN.—(*Desfalleciendo*) No, no, no. Yo hablaré. Yo diré.

EL REY.—(*Colérico*) ¡Calle el desvergonzado! ¡Y yo que estuve a punto de ceder! ¡¡Vivo!! ¡A mí, la guardia!

TODOS.—¡La guardia! ¡La guardia!

MINISTRO 1.º.—(*Excitadísimo*) ¡Caballeros! ¡La guardia, no! Nosotros mismos vengaremos el honor de la marquesa de Lenoir.

PRECEPTOR.—(*Bravo*) ¡Sí! Viva nuestra señora la marquesa de Lenoir...

TODOS.—¡Viva!!

*(Todo el grupo de ministros, heroicamente avanza hacia Valentín, pero Diana se interpone y les sonrío)*

DIANA.—¡No! ¡Os suplico que no le castigáis! Ya tiene bastante. Es... un fracasado. (*Sonríe*) ¡Señores ministros! He tenido un gran placer en saludaros esta mañana. Buenos días, caballeros.

TODOS.—¡Señora!

*(Un gran cumplimento. Ella corresponde gentil. Y marcha. Al pasar junto a Valentín, le mira un segundo de arriba abajo)*

DIANA.—¡Mi enemigo! (*Transición*) Vamos, Carlitos. Ven conmigo. Y no alborotes...

EL REY.—Sí, hijita. Lo que tú mandes. Pobrecita mía. (*Al pasar junto a Valentín le amenaza con el cetro*) ¡Ah, bergante!

*(Sale detrás de Diana. Los ministros están alegrísimos: se abrazan, se dan golpecitos en la espalda, etc. Gravelot está allá en el fondo. Valentín, derrumbado en un sillón de bruces sobre la mesa)*

MINISTRO 1.º.—¡Viva la marquesa!

TODOS.—¡Viva!

MINISTRO 2.º.—¡Qué mujer!

MINISTRO 3.º.—¡Qué gesto!

MINISTRO 4.º.—¡Qué arrogancia!

MINISTRO 5.º.—¡La Corte está salvada! ¡Viva el Rey!

TODOS.—¡Viva!

PRECEPTOR.—Yo corro a contárselo a mi mujer... La pobrecilla se divertirá muchísimo.

MINISTRO 5.º.—Vamos, vamos.

TODOS.—¡Vamos!

*(Ya en el fondo todos, el Ministro 1.º se vuelve y señala a Valentín)*

MINISTRO 1.º.—¡Miradle! ¿Sabéis dónde está?

MINISTRO 2.º.—¿Dónde?

MINISTRO 1.º.—*(Burlón)* ¡En su castillo encantado!

*(Una gran carcajada en todo el grupo. En los violines, unas notas burlonas, sarcásticas, algo como una irónica y delicada risa, mientras el grupo de ministros desaparece. Ahora, un gran silencio. Están solos, Gravelot y Valentín)*

GRAVELOT.—¡«Voilà»!

VALENTÍN.—*(Dolorosamente)* ¿Cómo ha podido mentir así? Es mala, muy mala...

GRAVELOT.—*(Suspira)* No... Es, simplemente, una mujer. Una pobre criatura.

VALENTÍN.—¿Quién la trajo?

GRAVELOT.—Nadie. Si acaso, el instinto, que es un gran espía. *(Otro silencio)* Ya sabéis. Eso es todo, Valentín. Por mi parte creo que no volveré a preguntarle al destino... No merece la pena. *(Toma de la mesa uno de los pliegos y lo rompe en pequeños pedacitos. Valentín le mira. Él, sonrío)* Es el decreto de mi cesantía. Amigo mío, el diablo es inmortal...

*(Sonríe, saluda y se va. Se queda solo Valentín. Se desploma de nuevo sobre el sillón y solloza. Un silencio. Asoma por el fondo el rostro de Diana, y luego entra de puntillas... Se acerca a Valentín y le susurra:)*

DIANA.—Valentín...

VALENTÍN.—¡Vos!

DIANA.—*(Muy bajo. Imperiosa)* Calla. Ya sé que te he hecho mucho daño... Pero yo lo necesitaba. Ya estás como yo quiero, como yo te necesito. Así: humillado, vencido, fracasado, a mis pies. ¡Necesitándome! *(Se acerca a él más: muy cerca, casi apoyada en su pecho, le mira fijamente)* ¿Es que no me necesitas ahora? ¿Es que los hombres, cuando fracasan, no necesitan un beso aunque sea de sus enemigos? ¿No quieres un beso mío?

*(Le enlaza el cuello con los brazos y le besa apasionadamente)*

VALENTÍN.—*(Casi sin voz)* ¡Diana! Eres mala, eres mala...

DIANA.—¿Estás ciego? ¡Todavía no has comprendido que te quiero desde el primer día!

VALENTÍN.—Diana...

DIANA.—Ven. Abajo, en el parque, tengo mi caballo... Pero, espera. ¡Bésame tú ahora!

*(Una duda fugaz. Pero la besa)*

TELÓN

## CUADRO SEGUNDO

A telón corrido, al clavicordio, unas notas de la canción de amor del primer acto. Un rincón en el parque que rodea al palacete de Diana. Mucho cielo encantadoramente azul. Unos árboles. En el centro, un banco de piedra blanca. Una mañana de sol, muy luminosa.

*(Al levantarse el telón, Lucía, desconsolada, solloza sentada en el banco. La consuelan, rodeándola, Marieta, Celia e Inés)*

LUCÍA.—¡Ay, Virgen Santísima! ¡Ay, mi pobre niña!

CELIA.—Calmaos, Lucía. Os lo ruego.

MARIETA.—No lloréis más, buena mujer. A la señora no le habrá ocurrido nada malo...

LUCÍA.—¡Ay, mi niña! Estaba tan bonita con su traje nuevo de amazona. ¡Ay, mi niña, mi niña, mi niña!

INÉS.—Pero, Lucía. Lo que sucede no es tan grave. Figuraos. Ayer por la mañana, la señora se vistió de amazona, pidió su caballo y se fue a dar un paseo...

LUCÍA.—*(Desgarradoramente)* ¡Pero no ha vuelto!

INÉS.—¡Oh! Claro que no... Eso, sí.

LUCÍA.—¿Dónde ha pasado la noche?

CELIA.—*(Suspira)* ¡Quién sabe!

MARIETA.—¡Oh, mi pobre Lucía! Después de todo, qué dama principal no pasó, por lo menos, una noche fuera de su casa... No tiene nada de particular.

LUCÍA.—*(Indignada)* ¿Qué os atrevéis a pensar, desvergonzadas?

MARIETA.—¡Oh!

CELIA.—¡Lucía! Moderaos.

LUCÍA.—¡No me da la gana! ¡La niña es muy decente, no como vosotras, pícaras, deslenguadas, insolentes!

CELIA.—*(Molestísima)* Esta buena mujer es insoportable...

MARIETA.—La gente del pueblo no sabe llorar con discreción... Ya está visto.

LUCÍA.—¡La niña es una paloma! ¡Ay, Santísima Virgen! En la aldea era la moza más buena, la más reidora, la más limpia... ¡Y tan honesta! ¡Ay, pobrecita mía! ¿Por qué habremos venido a la Corte? ¿Qué ha sido de ti esta noche, hija mía? ¿Dónde estás? *(Aterrada)* ¿Me la habrán robado los bandidos?

MARIETA.—¡Oh! ¡Robar a la favorita! ¿Quién se atrevería a desafiar al Rey?

LUCÍA.—¡Ay, mi niña, mi niña!

*(Sale sollozando sin consuelo. Marieta, Celia e Inés, al quedarse solas, se miran y rompen a reír irreprimiblemente)*

CELIA.—¿Qué piensas tú, Marieta?

MARIETA.—¿Y vosotras?

INÉS.—Yo estoy confundida.

CELIA.—¡Y yo!

MARIETA.—Yo aún no lo creo. La inocente Diana de Lenoir, se ha escapado de su palacete, una mañana de primavera, y se ha perdido en una noche de luna. ¿No es asombroso? Yo estaba segura de que esto ocurriría un día u otro; pero tan pronto...

CELIA.—Es que esta gente de pueblo da unos chascos. Ya dice el señor de Gravelot, que el pueblo es virtuoso porque no puede ser otra cosa. Pero cuando puede...

*(Las tres se miran y vuelven a reír jubilosamente. Luego, muy bajito)*

MARIETA.—Yo tengo una curiosidad. ¿Quién será él?

LUCÍA.—Lo mismo estaba pensando yo...

INÉS.—Y yo, y yo.

*(Más risas. Allá, entre los árboles, aparece la figura del señor Gravelot. Contempla el grupo de las tres muchachas y sonrío encantado)*

GRAVELOT.—¡Buenos días!

MARIETA.—¡Oh, excelencia!...

INÉS.—Vos tan de mañana, señor...

CELIA.—Buenos días, señor de Gravelot!

*(Se inclinan reverenciosas. Gravelot avanza)*

GRAVELOT.—*(Galán)* Amo el cielo azul, los árboles verdes y la risa de las muchachas...

INÉS.—*(Ríen las tres)* ¡Oh, señor!

GRAVELOT.—Y me encanta la primavera porque es una estación desvergonzada. *(Suspira)* En primavera parece obligatorio el pecado...

LAS TRES.—¡Oh!

GRAVELOT.—Adorables amigas mías. En vosotras saludo esta mañana al Universo.

MARIETA.—Venís muy galante, señor.

GRAVELOT.—Vengo un poco triste porque soy viejo... La primavera, como las mujeres, no tiene piedad. *(Toma delicadamente del brazo a Marieta y a Celia. Y pregunta risueño:)* Y bien, hijas mías, ¿nuestra señora, la favorita, ha descansado?

*(Las muchachas se miran entre sí, un poco azoradas)*

MARIETA.—Pues... Creo que no, señor.

GRAVELOT.—¿Cómo?

CELIA.—Marieta quiere decir...

INÉS.—Eso. Marieta dice que aún no vimos a la señora esta mañana...

GRAVELOT.—¡Ah! Entonces, ¿quién de vosotras hará saber a la marquesa mi presencia en esta casa? *(Un guiño)* Quiero consultarle una grave decisión política. Necesito su aprobación para el nombramiento de un embajador en la Corte de Prusia.

*(Las muchachas se miran rapidísimamente, en un mudo conciliábulo)*

MARIETA.—¡Oh! El caso es, excelencia, que la señora...

CELIA.—La señora...

GRAVELOT.—¡Decid!

INÉS.—*(Muy rápida)* ¡La señora no está en casa!

GRAVELOT.—¿Cómo? ¿A esta hora de la mañana, y sin vuestra compañía? ¿Ha salido?

MARIETA.—No, señor. Es que no ha vuelto...

GRAVELOT.—¿Qué decís?

CELIA.—¡Señor!

INÉS.—¡Señor de Gravelot! Es mejor que lo sepáis todo. ¡La señora se ha escapado!

GRAVELOT.—*(Alarmado)* ¡Diablo! ¿Qué decís, muchacha?

MARIETA.—Como lo oís, señor. Ayer mañana, a esta hora, la marquesa salió a dar un paseo a caballo y no ha vuelto...

GRAVELOT.—¡Cielos!

MARIETA.—De madrugada, los criados han recorrido el lugar en cuatro leguas a la redonda. Pero ha sido inútil. ¡La señora ha desaparecido!



GRAVELOT.—Esto es, sencillamente, sensacional... ¡Hola!

*(Lejos, se oye la voz de Diana, que llama gozosamente)*

VOZ DE DIANA.—¡Marieta!

TODOS.—¿Eh?

CELIA.—¡Ella!

INÉS.—¡La señora!

VOZ DE DIANA.—¡Celia! ¡Inés! ¿Dónde estáis?

MARIETA.—Es ella. ¡Ya está aquí!

*(Corren las tres hacia el fondo. Y, entre los árboles, aparece Diana. Viste aún de amazona, y el rostro le resplandece de júbilo)*

LAS MUCHACHAS.—¡Señora!

DIANA.—¡Oh, Marieta, dame un beso! Un beso, Inés. Un beso, Celia. ¡Os adoro!

MARIETA.—¡Ay, señora! ¡Qué alegre venís!

DIANA.—¡Y a vos, señor de Gravelot, también quiero daros un beso!

*(Se acerca a él, se alza sobre la punta de los pies y le besa en la mejilla. Todos ríen)*

TODOS.—¡Oh!

DIANA.—¡He besado a los jardineros y al centinela de la guardia! Quiero besar a todo el mundo. ¡Quisiera besar a la Humanidad! ¿Y sabéis por qué? ¿Lo adivináis vos, señor de Gravelot?

GRAVELOT.—¡Indudablemente es que sois muy feliz esta mañana!

DIANA.—¡Sí! Porque soy muy feliz... Porque la vida es hermosa. Porque los almendros del camino están llenos de flores, porque los rosales se abren. ¡Porque soy la mujer más feliz de la tierra! Porque ya lo tengo todo: el poder, la riqueza y el amor...

TODOS.—¡Oh!

MARIETA.—¿De dónde venís, señora?

DIANA.—*(Dulcemente)* Vengo de un sueño, Marieta. ¡Qué hermoso es volver de un sueño para empezar a soñar otra vez! Parece que a una le nacen alas y puede volar, como un águila! ¡Señor de Gravelot! Cuando viajéis hacia el norte, a tres horas de caballo, en el camino de Holanda, encontraréis una pequeña posada, escondida entre los árboles. Se llama la «Posada del Gallo de Oro». Tiene un farol rojo en la puerta, las ventanas están llenas de flores, y en el

huerto hay una vieja encina. Deteneos en la «Posada del Gallo de Oro» y acercaos a la vieja encina. Y allí veréis mi nombre, escrito en el tronco, con la punta de un cuchillo... Dice: «Diana». Nada más. ¿No es bastante? (*Riendo inmensamente feliz*) Dame otro beso, Marieta. Y tú, Celia. Y tú, Inés. (*Vuelve a besar a las tres muchachas*) A vos, señor de Gravelot, no os daré otro beso si antes no me decís que habéis comprendido a vuestra aliada en la Corte.

GRAVELOT.—(*La mira y sonrío*) Sí. Y os felicito.

DIANA.—Entonces, tomad. Os lo habéis ganado.

(*Ríen. Las muchachas la rodean*)

CELIA.—¡Señora!

INÉS.—¡Querida señora!

MARIETA.—Pero, ¿nos diréis quién es él?

DIANA.—¿Él? (*Con alegre emoción*) Se ha quedado en el jardín, cortando para mí las primeras rosas de la primavera... ¡Miradle!

(*Y señala, allá, un lugar a lo lejos. Todos vuelven la cabeza. Y en Gravelot, en Marieta, en Celia y en Inés, hay un gesto de inmenso estupor*)

TODOS.—¡Oh!

MARIETA.—¡¡ÉL!!

CELIA.—¡Era él!

INÉS.—¡Dios mío! ¿Quién lo iba a pensar?

GRAVELOT.—(*Atónito*) Pero, ¿es posible?

DIANA.—(*Una carcajada*) ¿No es como un milagro? Buenos días, señor de Gravelot. Seré con vos en seguida. Pero antes he de contar a mis damas, qué linda y misteriosa es la «Posada del Gallo de Oro». (*Ríe*) ¡Están muertas de curiosidad!

MARIETA.—De veras que sí...

INÉS.—¿Nos lo contaréis todo?

DIANA.—Todo. Venid...

(*Y muy regocijadas y bulliciosas, desaparecen Diana, Marieta, Celia e Inés. Queda solo Gravelot que, estupefacto, no ha separado sus ojos del lugar que Diana señaló. Una pequeña pausa. Y surge, azorado, azoradísimo, Valentín. Trae unas pocas rosas en la mano*)

GRAVELOT.—¡Valentín! (*Valentín, muy avergonzado, avanza un poco más, con la cabeza muy baja, sin atreverse a mirarle.*) ¿Erais vos?

VALENTÍN.—(*Casi no le oye*) Sí, señor.

GRAVELOT.—¿Cómo? ¿Sois vos el galán que ha escapado con la favorita a la «Posada del Gallo de Oro»?

VALENTÍN.—(*Casi llorando*) Sí, sí, señor.

GRAVELOT.—¡Pero si aún no puedo creerlo! ¡Vos de aventura con la amante del Rey! Vos, el puritano; el poeta de la virtud, el moralista, el hombre que llama a la conciencia el castillo encantado. ¡El que vino a salvarnos! ¡El que dijo que el pecado es el fracaso del hombre! ¡Vos habéis caído como un pobre mozo cualquiera! Vamos, decid algo. Quiero oírlo de vuestros labios. ¿Sois vos ese hombre?

VALENTÍN.—El mismo, sí, señor.

GRAVELOT.—(*Indignado*) ¿Y no os da vergüenza?

VALENTÍN.—Anda, muchísima, sí, señor. Como que estoy a punto de llorar. Pero ya no tiene remedio.

GRAVELOT.—(*Atónito*) ¡Valentín!

VALENTÍN.—(*Un gemido en la voz*) ¿Es que queréis atormentarme? ¿Es que vos, el más cínico e inmoral de los hombres, os creéis con derecho a recriminarme?

GRAVELOT.—¡Valentín!

VALENTÍN.—¿Es que olvidáis que yo también soy un ser humano?

GRAVELOT.—¡Vos también! Y yo que os creía un ángel...

VALENTÍN.—¡No hay ángeles sobre la tierra, señor de Gravelot, solo hay hombres!

(*Con doloroso orgullo*) ¡Yo también soy un hombre!

GRAVELOT.—Ya lo habéis descubierto... (*Transición*) ¡Valentín!

VALENTÍN.—¿Qué?

GRAVELOT.—¿Qué va a decir vuestro tío?

VALENTÍN.—¿Mi tío?

GRAVELOT.—¡Claro! El señor cura. Vuestro maestro de moral...

VALENTÍN.—Es curioso. Pero ya me había olvidado de mi tío...

GRAVELOT.—¡Oh!

VALENTÍN.—Ya no volveré a verle más.

GRAVELOT.—¡Valentín!

VALENTÍN.—¡Señor!

GRAVELOT.—¿Olvidasteis que esa mujer era vuestra enemiga? ¿Olvidasteis que ayer en la Corte os humilló cruelmente? (*Valentín baja la cabeza*) ¿Qué bebedizo os ha dado?

VALENTÍN.—(*Muy bajo*) Un beso.

GRAVELOT.—¡Ah!

VALENTÍN.—Un beso que me ha descubierto la vida, señor Gravelot. ¡La vida! Y no es como yo la creía. Desde ahora empezaré a aprenderlo todo de nuevo. Disculparé los pecados de los hombres, porque el hombre es su propio esclavo. Yo hablaba de la virtud, sin conocer la fuerza del pecado... Yo hablaba de la moral, y no conocía el amor. ¡Mi pobre moral, tan débil, que ha sido vencida por un beso! ¿No os parece ridículo? Mis ideas eran como los versos de un soneto: hermosas, pero inútiles. Todo es distinto. Todo ha cambiado. Ahora ya sé cuál es la verdad que duerme en el corazón de los hombres... Ahora ya he descubierto su secreto.

GRAVELOT.—Pero, ¿no os dais cuenta de todo lo que se ha derrumbado dentro de vos esta noche? ¿No comprendéis que desde hoy seréis un bailarín más en el gran minué de la Corte? ¿No sabéis que habéis perdido vuestra pureza, vuestra fe, lo más noble que había en vos, todo aquello por lo que realmente merece la pena vivir? ¿Qué habéis hecho, desdichado?

VALENTÍN.—Pero, señor... Usáis contra mí los mismos argumentos que yo empleaba ayer frente a vos. Creo que estáis un poco en ridículo.

GRAVELOT.—¡Pobre Valentín! Habéis perdido la inocencia. *(Están los dos sentados en el banco, muy juntos. Gravelot habla mirando al infinito con una cansada melancolía)* Siempre es igual. La Historia vuelve... En esta mañana de primavera ha muerto un poeta y nace un filósofo. ¡La Corte puede dormir tranquila! Cuando, dentro de poco, muera este viejo señor Gravelot, un joven y magnífico Gravelot ocupará mi puesto. Seréis vos, Valentín. Como yo, comprenderéis y justificaréis los pecados de los hombres... Y los dominaréis. Pero, como yo mismo, seréis un cobarde.

*(Un silencio. Valentín vuelve hacia él los ojos con angustia)*

VALENTÍN.—Y, ¿así será siempre, señor?

GRAVELOT.—Así será hasta que aparezca en la Corte un nuevo recién llegado, más fuerte que nosotros. Un hombre tan fuerte, tan fuerte, que no pierda nunca la inocencia. Permitidme, Valentín... Buenos días.

*(Marcha hacia el fondo. Valentín, sentado en el banco, inmóvil. De pronto, mira en torno y se estremece. Un sollozo, como un niño perdido. Se tapa la cara con las manos. El manojito de rosas ha caído en el suelo. Surgen, despacio, de puntillas, muy risueñas, muy pícaras, Marieta, Celia e Inés. Las tres, con cautela, llegan*

*sin ruido hasta Valentín. Muy mimosas, muy dulcemente, se aprietan contra él. Marieta le tapa los ojos con las manos)*

MARIETA.—¡Valentín! Aquí estoy yo, Marieta.

CELIA.—Y yo, Celia.

INÉS.—Y yo, Inés.

*(Él se desprende con dulzura, las mira y sonríe)*

DIANA.—¡Ayyy!... ¡Valentín!

*(Valentín, en silencio, corre hacia ella, la recoge en sus brazos y la besa. Diana se transfigura. Las tres muchachas, riendo, muy jolgoriosas, cubren con sus sombrillas abiertas, el grupo de los dos antes abrazados. Al fondo, su excelencia el señor de Gravelot, que lo ha visto todo, sonríe, inclina la cabeza y marcha entre los árboles. Muy cansado, un poco más viejo)*

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**